

MARÍA DOLORES LÓPEZ GUZMÁN*

CRISTO «RECONCILIADOR»

Fecha de recepción: diciembre de 2014

Fecha de aceptación y versión final: enero 2015

RESUMEN: El nuevo escenario en el que se sitúa el perdón, marcado por los conflictos a gran escala y los genocidios, su nueva dimensión sociopolítica o su planteamiento como virtud cívica, pone en tela de juicio la visión tradicional del perdón y abre multitud de nuevos retos. El artículo intenta enmarcar las dimensiones de la reconciliación realizada en Cristo, revelando en qué medida no solo da respuesta a todos estos interrogantes, sino que puede ser palabra iluminadora para el mundo de hoy.

PALABRAS CLAVE: Cristo, reconciliación, perdón, genocidio

Christ and Reconciliation

ABSTRACT: A new scenario of forgiveness, marked by large-scale conflicts and genocides, its political dimension or its approach as civic virtue, puts into question its traditional view and opens many new challenges. The article attempts to frame the dimensions of reconciliation brought by Christ, showing that not only provides answers to all these questions, but can send an illuminating message to our current world.

KEYWORDS: Christ, reconciliation, forgiveness, genocide

* Profesora de Teología. Universidad Pontificia Comillas de Madrid; md.lopez@teo.upcomillas.es.

«La humanidad necesita llorar, y esta es la hora del llanto»

Estremecedoras palabras las del Papa Francisco en la homilía del 13 de septiembre de 2014, a propósito de su visita a los dos cementerios del municipio de Fogliano Redipuglia (al nordeste de Italia) donde yacen combatientes de los distintos bandos que participaron en la Primera Guerra Mundial: en uno, descansan los restos de 14.550 soldados del imperio austro-húngaro (enemigos entonces de los italianos), y en otro, los de cien mil militares italianos que perdieron la vida en la contienda que comenzó en julio de 1914 y terminó en junio de 1919 con la firma del Tratado de Versalles.

En la Eucaristía celebrada en el sagrario de Redipuglia, el Papa rezó por los caídos como consecuencia de enfrentamientos bélicos. Se unía así a la cadena de líderes europeos que rememoraron el pasado año el centenario del inicio de la Gran Guerra.

El papa que ha convertido «la alegría del Evangelio» en señal de identidad de su pontificado –«con Jesucristo siempre nace y renace la alegría»¹– ha reivindicado ante las tumbas de aquellos combatientes y el recuerdo de las víctimas de todas las guerras la necesidad de llorar. No se debe pasar de prisa ni de modo superficial por el sufrimiento, aunque incomode y duela. La Resurrección no niega el daño.

La Primera Guerra Mundial dejó un panorama desolador: cerca de diez millones de muertos, seis millones de discapacitados e incontables huérfanos y familias rotas. «¡Tumbas... siempre tumbas!», se decía a sí misma una de las protagonistas de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*² ante la devastadora visión de los campos. La destrucción era lo que quedaba después de años de contienda. Ninguna victoria compensa las muertes de enfrentamientos fratricidas. Los muertos son humanamente irrecuperables. Don Marcelo había perdido a su hijo y ella a su hermano,

¹ Papa FRANCISCO, Exhortación Apostólica, *Evangelii Gaudium* n. 1 (24-XI-2013).

² La conocida novela de Vicente Blasco Ibáñez publicada en 1916 (fue el libro más vendido en EEUU en 1919), y ambientada justamente en la Primera Guerra Mundial, se adelanta al final de la contienda que todavía no se había producido poniendo de relieve el absurdo y el dolor que permanecerán. Un halo de pesimismo empapa el pensamiento del autor: «Aunque la Bestia quedase mutilada, volvería a resurgir después, como eterna compañera de los hombres» (*Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, Akal, Madrid 2012, 452).

pero bien sabía que «no podría resucitarle por más que llorase»³. Toda la humanidad pierde en las guerras, también los vencedores.

«Masacre inútil» es la verdadera definición de la guerra según el papa Francisco; porque no tiene ningún efecto positivo. Asegura que «la guerra trastorna todo, incluso la relación entre hermanos. La guerra es una locura; su programa de desarrollo es la destrucción: ¡crecer destruyendo!»⁴.

El Papa nos anima, por ello, a entonar el lamento. «La sombra de Caín nos cubre hoy aquí (en este cementerio). Se la ve aquí. Se la ve en la historia que discurre desde 1914 hasta nuestros días. Y se la ve también en nuestros días» –continúa el Papa en la homilía de Fogliano–. Las lágrimas están en el lado opuesto a la indiferencia. Significan el salto del desapego –*¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?* (Gn 4,9)–, al afecto y el compromiso –«soy responsable de mi hermano»–. Cada ser humano es «algo mío», me importa.

La conmemoración de uno de los acontecimientos más dramáticos de la historia de la humanidad –al que se suma el recuerdo, en este 2015, de los 70 años del fin de la Segunda Guerra Mundial, y del lanzamiento de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki– no debería pasar de puntillas por nuestras vidas. Si tiene sentido celebrar actos de memoria colectiva debería ser para contribuir a crear una conciencia común de lo que fuimos y buscar conjuntamente lo que queremos ser desde la verdad. No con el fin de hacer protagonista al dolor, de acrecentar el miedo o permanecer en el pasado, sino para conocernos mejor y ver, sin excusas, lo que el ser humano es capaz de hacer.

Estos aniversarios amargos han ayudado asimismo a cambiar la comprensión sobre el perdón y la reconciliación. Las heridas son demasiado hondas, los pueblos implicados, numerosos. Se ha abierto un nuevo escenario en la reflexión sobre el perdón y la reconciliación que está obligando a ampliar el discurso sobre ambas realidades y a actualizar la soteriología, uno de los pilares de la teología.

³ *Ibid.*, 453.

⁴ Papa FRANCISCO, Homilía (13-IX-2014).

1. UN NUEVO ESCENARIO EN LA REFLEXIÓN DEL PERDÓN Y LA RECONCILIACIÓN

Resulta sorprendente constatar el poco espacio que las ciencias humanas han dedicado a reflexionar sobre el perdón en sí mismo. «El perdón es posiblemente una de las cuestiones menos trabajadas en teoría y más difícilmente puestas en práctica de las que concurren en el debate sobre los caminos de la paz»⁵. Y sin embargo, no se puede soslayar la pregunta sobre el significado del perdón y la reconciliación ya que el conflicto –de mayor o menor envergadura, de un tipo u otro– forma parte de la vida cotidiana en las diferentes culturas; posee, sin duda, un alcance universal⁶.

Se trata de una palabra recurrente en cualquier idioma y cuenta con una buena consideración (porque empuja al sujeto más allá de la obligación y le sitúa al lado del altruismo)⁷. Sin embargo, en la época moderna su estudio fue marginal, en parte por su vinculación a la religión y a conceptos tales como el pecado y la penitencia, y en parte porque se daba por supuesto su existencia sin más. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo pasado, tras la experiencia traumática de una segunda guerra mundial después de la catástrofe que supuso la primera y las heridas que dejó, y gracias en gran medida al conocimiento a gran escala que los medios de comunicación han posibilitado tanto de las dos guerras, como de los continuos conflictos que existen en la actualidad, el interés por esta cuestión ha aumentado considerablemente⁸.

Este contexto ha provocado que la forma de plantear el perdón y la reconciliación haya cambiado y que hayan aparecido nuevos acentos que condicionan la perspectiva desde la que mirar las dos realidades, el significado de las mismas, y el modo de tratarlas.

Señalaremos a continuación estos acentos nuevos que están detrás del actual planteamiento sobre el perdón y la reconciliación:

⁵ G. BILBAO ALBERDI, «Perspectiva filosófica del perdón», en VV.AA, *El perdón en la vida pública*, Universidad de Deusto, Bilbao 1999, 16-17.

⁶ E. VINYAMATA I CAMP, *La conflictología*, UOC, Barcelona 2007, 5-10.

⁷ Cf. J. SÁDABA, *El perdón. La soberanía del yo*, Paidós, Barcelona 1995, 23.

⁸ El impacto que la globalización tecnológica tiene en nuestra percepción de la realidad es un hecho ya se incuestionable desde principios de este siglo como se puede ver en: G. GRAHAM: *Internet: una indagación filosófica*, Frónesis, Cátedra Universitat de València, Valencia 2001, 33; J. VICENS-A. CANADELL, *La tecnología desde la perspectiva intercultural*, Documenta Universitaria, Girona 2006, 72.

1.1. DIMENSIÓN PÚBLICA Y CONFLICTOS A GRAN ESCALA

El conocimiento de las atrocidades que cometieron los nazis en los campos de exterminio resquebrajó la idea demasiado débil que el hombre posmoderno occidental tenía sobre el mal, y obligó a acuñar expresiones que pudieran dar cuenta de lo que había sucedido. Así nació el concepto de «genocidio», utilizado por primera vez por el jurista judeo-polaco Raphael Lemkin, quien sufrió la persecución nazi⁹ y concretó con este término lo que allí había ocurrido. Su definición fue asumida y ratificada por la Convención para la Sanción y Prevención del delito de Genocidio de las Naciones Unidas¹⁰. Y estaba respaldada por la concepción de Lemkin sobre el universo humano. Entendía dicho universo como un orden formado por cuatro grupos: nacional, étnico, religioso y racial. Afirmaba que estos grupos son fundamentales porque protegen y otorgan identidad a sus miembros. No hay que tolerarlos simplemente por razones de compasión humana sino, sobre todo, para prevenir la pérdida de las fuentes espirituales de la humanidad¹¹. Atacarlos significa atentar contra el ser humano.

La incorporación del genocidio conllevó la inclusión, bajo dicha categoría, de episodios semejantes en la historia. El mismo Lemkin realizó una «historia del genocidio» en la que recordaba a diversos pueblos que habían sufrido destrucción y hostigamiento por parte de otros (entre ellos, la colonización de los incas en Perú realizada por los españoles o la persecución de los católicos en Japón en los siglos XVI y XVII). Esta

⁹ R. LEMKIN, *Axis Rule in occupied Europe: Laws of occupation - Analysis of Government - Proposals for Redress*, c. XI, Carnegie Endowment for International Peace, Washintong D.C. 1944, 79-95. Se puede encontrar una edición actualizada en 2005 editada por The Lawbook Exchange LTD, New Jersey. Ver también: S.L. JACOBS, «Genesis of the concept of Genocide According of his Autor from the original sources»: *Human Rights Review*, 3 (3), 2002, 98-103. *Ibid.*, *Lemkin on Genocide*, Lexington Books, Maryland 2012.

¹⁰ «Se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal: matanza de miembros del grupo; lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; medidas destinadas a impedir nacimientos en el seno del grupo; traslado por la fuerza de niños del grupo a otro grupo», Art. 2, 1948.

¹¹ Cf. S.L. JACOBS, *Lemkin on Genocide*, 3.

revisión de la historia de las masacres ha dado lugar a una mayor conciencia colectiva de las dimensiones de dichas atrocidades.

La suma de tales hechos junto a las consecuencias de los mismos desvela la envergadura del mal, su carácter «público y notorio» (es decir, desarrollado en un ámbito social o grupal y conocido por todos) y plantea la pregunta sobre la posibilidad real de reconciliación entre los pueblos. ¿Cómo se realiza el perdón y la reconciliación entre colectivos? ¿Quién tiene capacidad para perdonar en nombre de una comunidad? ¿Qué interlocutor es el adecuado para admitir una petición de perdón del victimario cuando se trata de un grupo o una institución?

1.2. SUJETOS QUE INTERVIENEN EN EL PERDÓN

Estas preguntas derivadas de la constatación de conflictos a gran escala, despiertan a su vez otras cuestiones relevantes, entre ellas, la difícil delimitación del sujeto o sujetos que intervienen en el perdón y en los procesos reconciliatorios. Para entender esta problemática podemos señalar algunas de las situaciones más habituales:

- En aquellos conflictos que ocurren en un ámbito más personal y relacional se pueden distinguir, a su vez, dos casos:
 1. Aquel en el que tanto el ofensor como el ofendido son individuos concretos (la ofensa procede de una persona particular que quiere dañar a otra). Pero incluso este escenario tiene su complicación. Respecto del verdugo, porque junto a un agresor evidente habría que discernir si toda la responsabilidad del acto le corresponde a ese ofensor visible, o es compartida con posibles instigadores, educadores, etc. (los niños de la guerra son un claro ejemplo de que los últimos responsables son otros); y en lo que concierne a la víctima, porque ni siquiera cuando una ofensa va dirigida a un sujeto los efectos que de ella se derivan quedan reducidos a la sola persona. El maltrato y la humillación hacia alguien generan una cadena de víctimas incalculable. Quien atenta contra un niño, victimiza igualmente a sus padres, y a toda su familia, amigos, etc. Toda la red de relaciones de una persona se ve afectada por lo que le sucede.
 2. Aquel en el que el sujeto que provoca la ofensa, o bien el receptor de la misma, sea un grupo (una familia, una institución...).

Ocurre, por ejemplo, cuando una persona trabaja en una obra de una congregación religiosa y sufre humillaciones en el ejercicio de su tarea; en ese caso existe una responsabilidad institucional y una víctima particular.

- En los conflictos que se producen entre sociedades enteras o colectivos se pueden igualmente diferenciar dos escenarios:
 1. Uno de ellos ocurre cuando un grupo atenta contra un particular, prescindiendo de la individualidad del sujeto, con el fin de dañar a un colectivo. Suele ser el *modus operandi* del terrorismo. La persona asesinada no es el objetivo real, sino la sociedad o comunidad contra la que se lucha. Este despertar de las víctimas respecto a su pertenencia a un grupo ha dado lugar a un modo de protesta colectiva que se ha ido extendiendo en las últimas décadas. El objetivo que estas organizaciones persiguen es reivindicar tanto el nombre y apellido de la persona agraviada como la vinculación con todos. Carteles con el nombre del asesinado precedido por expresiones como «yo también soy» o seguido de «somos todos», resultan ya familiares.
 2. El otro posible contexto tiene como protagonistas dos colectivos diferenciados que pueden identificarse dentro de un país o nación (los neonazis, las maras, los partidos políticos, etc.); o en algunos casos, grupos que integran casi la totalidad de una sociedad (el caso sudafricano, por ejemplo, donde el colectivo minoritario de los afrikáners estableció las leyes del *apartheid* que perjudicaban y humillaban a los negros, mayoría de la población del país).

Pero en cualquiera de los casos planteados –ya se trate de individuos, ya de colectivos– existe una mirada que se privilegia en la actualidad: la de las víctimas. Un hecho importantísimo que cambia el modo en el que tradicionalmente se ha afrontado el perdón o la reconciliación, no solo en el nivel humano, sino también respecto a la forma de actuar de Dios en la historia y de realizar la reconciliación.

1.3. DESPLAZAMIENTO DEL PUNTO DE PARTIDA: DEL CULPABLE A LA VÍCTIMA

Walter Benjamin, una de las voces más potentes y lúcidas en el pensamiento del siglo XX, propugnó un cambio de perspectiva a la hora de

revisar la historia. Señaló la necesidad de rescatar la «tradición de los oprimidos» pues la historia realizada por el «historiógrafo del historicismo» empatiza con los vencedores y olvida que la barbarie es parte esencial del progreso que defiende. «Los que hoy son poderosos pasan por encima de esos otros que yacen en el suelo». Las víctimas muestran al mundo que el sufrimiento no es un «estado de excepción» ni una anécdota, sino todo lo contrario. Solo a través de su mirada se desvelará la realidad¹². Lo revolucionario de su tesis es que el historiador no solo tiene como misión «dar voz a los que no tienen voz», sacar a la luz sus vidas, u otorgarles el derecho de palabra (bien convirtiéndola en una más entre otras, bien dándola un protagonismo especial), sino cambiar la percepción de la misma historia, pues la visión prevalente es errónea respecto al progreso y ofensivamente optimista hacia las víctimas¹³ (aunque es cierto que la Gran Recesión que el mundo vive desde el año 2008 está rebajando esta percepción falsa de raíz).

Las víctimas nos recuerdan que, como afirma Horkheimer, «todos nosotros debemos unir con nuestra alegría y con nuestra felicidad el duelo: la conciencia de que tenemos parte en una culpa»¹⁴. La afirmación del Papa en Redipuglia respecto a la necesidad del llanto, apunta en esta dirección.

En lo que toca al perdón y la reconciliación este cambio de perspectiva también ha afectado a la manera de pensar sobre ellos. La mirada se ha desplazado del culpable al ofendido. Si la pregunta más habitual en el pasado era «¿qué tengo que hacer para que el otro me perdone?», y la mayoría de los esfuerzos iban encaminados a la recuperación de un estado de perfección e inocencia perdido, en la actualidad es la víctima la que está en el centro de la reflexión y la que plantea los desafíos con apremio: «¿Qué puedo y debo perdonar?» «¿Cómo hacerlo?» «¿Qué significa el perdón y la reconciliación?» Interrogantes a los que un creyente añade: «¿Amplía Dios el perdón de la persona?», «¿suple Dios las carencias del hombre en los procesos de reconciliación?», «¿sustituye con su

¹² W. BENJAMIN, *Sobre el concepto de historia*, en *Obras completas*, Libro I, vol. 2, Abada Editores, Madrid 2012, 305-318.

¹³ Cf. R. MATE, *Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política*, Trotta, Madrid 2003, 90-91; M. SANTOS GÓMEZ, «Los oprimidos como luz. Benjamin, Kafka, Teología de la Liberación»: *Revista de Filosofía*, vol. 34, n. 2, 2009, 157-161.

¹⁴ M. HORKHEIMER, *Anhelos de justicia. Teoría crítica y religión*, Trotta, Madrid 2000, 120.

perdón el de las víctimas o perdona porque Él es víctima también?» y «¿cómo transmite ese perdón en el caso de que lo conceda?»

Esto no quiere decir que no se preste atención al ofensor y que no se le demande una actitud que conlleve el reconocimiento de la culpa y la reparación con el fin de aliviar las heridas causadas. Pero esa mirada sobre el culpable se realiza igualmente desde los ojos del ofendido.

1.4. ALCANCE Y RESPONSABILIDAD DE LAS ESTRUCTURAS DE PECADO

Las dimensiones que el perdón y la reconciliación alcanzan en estas situaciones que se han hecho tan visibles a partir de la Segunda Guerra Mundial son casi inabarcables porque, además de la complejidad que se detecta respecto a los implicados reales, se trata de acontecimientos que tocan planos de la realidad fundamentales: el político (donde se habla ya de «políticas del perdón»¹⁵); el legal (pues la regulación de la convivencia incluye la sanción de comportamientos que lesionan la dignidad de las personas¹⁶); el social (que se ha hecho sensible a estos temas tal y como refleja el debate abierto acerca de la posibilidad de reinserción de los sujetos que están en riesgo de exclusión, una situación que comparten tanto las víctimas, no siempre aceptadas ni comprendidas, como los verdugos), el moral (que plantea la problemática relación entre justicia y perdón); y el religioso (que considera la reconciliación un don de Dios y una tarea ineludible). Ahora bien, ¿cómo otorga Dios la gracia del

¹⁵ Ver: VV.AA., *El perdón, virtud política. En torno a Primo Levi*, Anthropos, Barcelona 2008; S. LEFRANC, *Politiques du pardon*, PUF, Paris 2002; W. BOLE-D. CHRISTIANSEN-R. HENNEMEYER, *Forgiveness in international politics. An alternative road to Peace*, United Conference of Catholic Bishops, Washington DC 2004; M. LABELLE-R. ANTONIUS-G. LEROUX (dirs.), *Le devoir de mémoire et les politiques du pardon*, Presses de l'Université du Québec, Montreal (Canadá) 2005.

¹⁶ El tema de la dignidad humana es uno de los aspectos más debatidos y difíciles de definir a pesar de la buena aceptación de la que goza en nuestras sociedades. El Instituto Emmanuel Mounier dedicó unas jornadas al estudio y reflexión sobre dicha categoría (Burgos 2013). Las ponencias están recogidas en la revista *Acontecimiento*, nº 108, 2013/3, donde Luis Ferrero Almeida, en el editorial, recuerda que «es el rostro del otro, sobre todo el rostro sufriente del otro, el que da el verdadero veredicto de nuestra propia dignidad. Por eso, aunque la dignidad sea un atributo personal, también a las sociedades opulentas e insolidarias se les puede acusar de indignidad, en la medida en que retiran la mirada ante el rostro de los pueblos empobrecidos de la tierra o el de los empobrecidos de su mismo ámbito social».

perdón? ¿Por qué tiene derecho a perdonar? ¿Posee su perdón el mismo valor que el del hombre? ¿Qué aporta?

Los conflictos a gran escala y su dimensión pública, los sujetos colectivos y la importancia creciente que se va dando a las víctimas están contribuyendo a ahondar en el significado de un concepto que tuvo gran repercusión en la década de los setenta en el ámbito de la Teología de la Liberación: las estructuras de pecado o el pecado social¹⁷. Una dimensión del mal que no se puede soslayar, que acompaña al pecado individual y que es aplicable, con matices y particularidades, a estos contextos de reconciliación donde lo estructural y lo personal están absolutamente imbricados. Porque lo que acontece en un genocidio no puede reducirse a una suma ingente de casos particulares. Lo realmente escandaloso en el caso del nazismo y otros equivalentes es «la actitud material e ideológica de los pueblos que es la que engendra el orden estatal»¹⁸. Una denuncia recurrente en las víctimas.

Lo que «Auschwitz»¹⁹ y el resto de campos de exterminio muestran es que el ser humano ha sido capaz de diseñar una «sociedad de la muerte» sustentada en toda una maquinaria del exterminio y la vejación para mantener el totalitarismo. Un régimen estructuralmente injusto y perverso. Los relatos abundan en esta dimensión industrial de la aniquilación: «Treblinka no era un cadalso sencillo: era un lugar de ejecución en cadena, método adoptado por la producción industrial contemporánea» (...) «Y de igual manera que un verdadero conglomerado industrial, Treblinka no surgió de pronto tal y como ahora lo describimos. Creció paulatinamente, se desarrolló, creó nuevos «talleres» (...) «La carga media de las cámaras del infierno de Treblinka era por lo menos de dos o

¹⁷ El Documento de Medellín del año 1968 ya hablaba de «situación de injusticia» o «situación de pecado» (n. 1), de «estructuras opresoras» y «estructuras injustas» (n. 2, 6, 19). Y posteriormente el Documento de Puebla, en 1979, asume las expresiones anteriores pero añade alguna otra en la misma línea como «estructuras de pecado» (nn. 281, 452). El interés sobre esta categoría sigue vigente: cf. M. NEBEL, *La categoría moral del pecado estructural*, Trotta, Madrid 2011; M. Vidal, «El mal moral estructural. Lugar hermenéutico de la responsabilidad y de los valores éticos», en VV.AA., *Misterio del mal y fe cristiana*, Fundación Universitaria Chaminade-Tirant Humanidades, Valencia 2012, 261-292; M. ARDANAZ, *La caridad política: de las estructuras de pecado a la civilización del amor*, UPCO, Madrid 2014.

¹⁸ V. GROSSMAN, *El infierno de Treblinka*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2014, 36.

¹⁹ Empleo aquí «Auschwitz» como categoría simbólica que remite a cualquier genocidio y campo de exterminio.

tres veces por día (hubo días en que fueron cargadas hasta seis veces). Si reducimos deliberadamente las cifras podemos considerar que, si se cargaban dos veces al día, solo en las cámaras nuevas se mataba en Treblinka cerca de diez mil personas por día y alrededor de trescientas mil al mes». En este sistema de producción la materia prima era el ser humano. «Las bestias lo utilizaban todo»: los cabellos, los dientes, la piel... «únicamente el valor más grande que existe en el mundo, la vida, era pisoteado»²⁰.

¿Quién responde ante una barbarie semejante? ¿Existe la culpa colectiva? Y si existiera... ¿cómo se afrontaría? ¿Quiénes son los responsables de un estado basado en el asesinato a gran escala? El Dios que estuvo callado entonces... ¿toma ahora la palabra para perdonar?

Difícil encontrar respuestas que mitiguen el desasosiego. Sin embargo, como señala Grossman, «hoy en día toda persona está obligada ante su conciencia, ante su hijo y ante su madre, ante la patria y ante la humanidad a contestar con toda la fuerza de su alma y de su inteligencia a la pregunta de quién dio nacimiento al racismo, qué es necesario para que el nazismo, el hitlerismo, no resucite en ningún sitio ni a este ni al otro lado del océano, nunca por los siglos de los siglos»²¹. Enfrentarse a estas preguntas es, por tanto, un ejercicio de honestidad y un deber para con las víctimas, si se quiere que la reconciliación sea seria tanto con Dios como con la humanidad.

1.5. PROCESOS QUE SE DESENCADENAN EN LAS RELACIONES INTERPERSONALES Y EN EL INTERIOR DEL SUJETO

En paralelo a esta dimensión pública y comunitaria de la reconciliación se ha ido despertando en el ámbito de la psicología el interés por los procesos que se desencadenan en el interior de las personas –sea a nivel individual, sea en el entorno familiar o laboral– tras una experiencia de conflicto, con la idea de proponer un camino de sanación de las heridas causadas por las ofensas donde el perdón tiene un papel transcendental. Interesa, por tanto, la reconciliación en cuanto vía razonable que ayuda

²⁰ V. GROSSMAN, *op. cit.*, 41, 42, 44, 32.

²¹ *Ibid.*, 70.

al sujeto a vivir más tranquilo y en paz, y a generar sociedades más saludables²².

A pesar de la resistencia inicial de esta disciplina hacia todo lo que tuviera connotaciones religiosas²³ («carga» que siempre acompaña al perdón), y a la labor desculpabilizadora que algunos otorgan a la psicología, ésta no ha podido sustraerse con los años (especialmente a partir de la década de los noventa) al análisis de una vivencia tan humana como universal. Todo ser humano ha tenido que enfrentarse al sufrimiento, bien por el daño recibido de una ofensa, o al contrario, por haberlo producido él mismo hacia otros. No atender este aspecto de la vida sería ignorar una de las dimensiones más importantes de la existencia.

Pero el interrogante que surge en este campo es justamente la misma búsqueda de sanación. ¿Posee siempre el perdón efectos terapéuticos? ¿Es posible, tras un genocidio, vivir con suficiente paz? ¿Es universalizable esa experiencia que algunas víctimas transmiten²⁴? Ciertamente no hay consenso en la respuesta a esta difícil cuestión. Hay quienes subrayan

²² E.L. WORTHINGTON Jr., «The New Science of Forgiveness»: *Greater Good. The Science of a Meaningful Life*, University of California (Berkeley), 1-IX-2004.

http://greatergood.berkeley.edu/article/item/the_new_science_of_forgiveness.

Esta dimensión sanadora del perdón ha sido también potenciada por Michael Lapsley, sacerdote anglicano que sufrió un atentado en Sudáfrica por su posicionamiento contra el Apartheid, en el que perdió las dos manos y un ojo. Tras su dramática experiencia ha fundado el Institute for Healing of Memories en Ciudad del Cabo. Asimismo ha escrito un libro contando su experiencia y el desarrollo de su proyecto: Michael LAPSLEY, *Reconciliarse con el pasado. Un camino de lucha por la libertad hacia la sanación* (prólogo de Desmond Tutu), San Pablo, Madrid 2014.

²³ Un rechazo mayoritario que, sin embargo, no impidió que algunas figuras relevantes reconocieran el valor de la experiencia religiosa como portadora de comportamientos sanos y beneficiosos tanto para el individuo como para la sociedad. William JAMES, considerado el «padre» de la psicología de la religión trabajó esta perspectiva e influyó positivamente en una valoración más amable de lo religioso desde el punto de vista psicológico tal y como expuso en su obra emblemática: *Las variedades de la experiencia religiosa: estudio de la naturaleza humana*, (Prólogo de J. L. Aranguren) Península, Barcelona 1986. Hay una edición en castellano, más reciente, publicada en México en 2006. La obra original (*The Varieties of Religious Experience*) vio la luz por primera vez en 1902.

²⁴ Cf. I. ILIBAGIZA, *Mi viaje hacia el perdón. Renaciendo de las cenizas del genocidio de Ruanda*, Palabra, Madrid 2014. «Mi corazón destrozado ha sido reparado a través del perdón (...) ¿Por qué no podría el perdón sanar a un millón de corazones rotos y hacer revivir a una nación entera? La respuesta es que sí puede hacerlo», 16-17.

esta potencialidad sanadora –así lo ha declarado el Dalai Lama en numerosas entrevistas– y quienes, por el contrario, denuncian el riesgo de la banalización del perdón y la reconciliación –línea prevalente en el ámbito judío²⁵–. Pero incluso aunque pudiera demostrarse que el perdón posee dicha cualidad habría que preguntarse si la búsqueda de paz o de curación personal es el fin último del perdón o no. Puede que al sujeto posmoderno, tan centrado en sí mismo, le quede todavía un camino de descentramiento en el que coloque el bien del otro en el motor de sus acciones (en primera instancia) aun a sabiendas de que eso le reportará un beneficio también a él (pero en segunda instancia).

1.6. EL PERDÓN COMO VIRTUD CÍVICA

Muchos de los contextos en los que tiene lugar un conflicto añaden una nota de complejidad: el hecho de que la concepción del perdón y de la reconciliación no sea única e igualmente compartida por todos los grupos sociales. Quienes participan en una contienda no siempre comparten la misma visión del mundo, bien por tratarse de distintas etnias, por pertenecer a diversas confesiones religiosas o por defender ideologías opuestas. No obstante, desde diferentes tribunas se sigue insistiendo en que la reconciliación –más allá de las distintas interpretaciones de significado, y de los modos de llevarla a cabo– es la única salida posible para alcanzar una paz duradera tras enfrentamientos bélicos, genocidios o experiencias de opresión.

Esas diferencias no frenan, sin embargo, el deseo universal de buscar una solución viable, racional y beneficiosa para reconstruir con ciertos visos de estabilidad una sociedad rota. De aquí parte la propuesta de su moralidad: «El perdón es una virtud moral. Nos hace más humanos. Nos une a la humanidad. Estamos acostumbrados a plantearnos qué es el perdón después de algún desastre espectacular. Bueno sería invertir la situación: ir perdonando para así, evitar el mal. Sin olvidar la justicia

²⁵ V. JANKÉLÉVITCH, *Le pardon*, en *Philosophie Morale*, Flammarion, Paris 1998. La primera edición de *Le pardon* es de 1967. Esta pequeña obra se ha convertido en un referente para la reflexión sobre el perdón especialmente en el campo de la filosofía y en la teología por su novedad y audacia.

pero insistiendo, como en el dicho clásico, en que una forma de elevarse por encima de los que nos insultan es perdonando. Perdonándolos»²⁶.

Nos sitúa así el perdón en el orden de la gratuidad; pertenece a los espíritus altruistas. Habría entonces que colocarla en el grupo de las virtudes más encomiables, y por tanto, deseable para cualquier sociedad. Porque ofrece una salida novedosa a una situación abocada a la violencia y el rencor. Pues el perdón, como asegura Jankélévitch, va destinado especialmente a los enemigos. Se trata, por consiguiente, de un amor no recíproco. Y cuando las relaciones son asimétricas es más fácil detectar la generosidad del que ama ya que no tiene la compensación de ser querido por el otro de la misma manera²⁷.

Esta alta consideración del perdón y la reconciliación no impide que haya que afrontar dos grandes desafíos planteados con especial vigor en la actualidad: la relación de estas dos realidades con la justicia (pues si el perdón absuelve al culpable saltándose la justicia, se vuelve injusto; y si no concede la gracia de la absolución, entonces sería una virtud vacía); y el hecho de que sea exigible o no. ¿Se puede elevar a categoría de deber y de derecho?

1.7. MARGINACIÓN DEL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

Al creciente interés que despiertan el perdón y la reconciliación en el ámbito sociopolítico y personal desde un punto de vista meramente humano, no le corresponde sin embargo, un deseo de conocimiento del sacramento de la reconciliación en el caso, por supuesto, de los creyentes. Ni siquiera el empeño y la insistencia del Magisterio del peligro de la pérdida del sentido del pecado²⁸ y, como consecuencia, de la falta de necesidad de recibir el perdón de Dios y de la Iglesia, están resultando

²⁶ J. SÁDABA, op. cit., 136-137.

²⁷ V. JANKÉLÉVITCH, op. cit., 1127.

²⁸ En Pío XII encontramos la denuncia sobre la pérdida del sentido del pecado del hombre moderno que se hizo especialmente vigorosa en JUAN PABLO II, tal y como recogió en la Exhortación Apostólica *Reconciliatio et Paenitentiae*. También el Papa Francisco lo ha recordado en varias ocasiones: «La pérdida del sentido del pecado es signo de cómo disminuye el significado del reino de Dios. Hace olvidar que la salvación viene de él «y no de la astucia» de los hombres», *Meditaciones diarias* (7-II-2014).

suficientes para que los feligreses se acerquen con mayor devoción a un sacramento conocido ya como el sacramento en crisis permanente²⁹.

A este hecho se añade la dificultad de encajarlo en los conflictos a gran escala. ¿Tiene algo que decir el sacramento de la Reconciliación en la reconstrucción de una sociedad herida en sus cimientos? ¿Qué lugar ocupa en un proceso de reconciliación global?

La percepción que predomina respecto a su significado es más bien pobre. Para los no creyentes existe la sospecha de que se trata de un espacio en el que las personas lavan su conciencia de forma fácil, rápida y segura, sin que ello conlleve un compromiso real con las heridas causadas. Para los católicos la figura del ministro es vivida con desafección y dificultad en dos sentidos: porque en un asunto tan delicado como es la exposición de las miserias ante otra persona, se requiere una sensibilidad especial que no todos los sacerdotes poseen; y porque no se percibe con facilidad la necesidad de esa presencia. Probablemente la pregunta más recurrente al respecto sea «¿por qué hay que confesarse con un sacerdote si puedo hacerlo directamente con Dios o con la persona que he ofendido?».

1.8. EXPOSICIÓN MEDIÁTICA Y GLOBAL DE LA VIOLENCIA Y LA TORTURA

Por último, en este nuevo escenario en la reflexión del perdón y la reconciliación hay que señalar un factor que está afectando a la nueva configuración del mundo global: el acceso audiovisual a la información, con lo que esto conlleva de exposición mediática de todo tipo de realidades (incluidas las masacres en toda su crudeza).

Una excesiva muestra de la tortura tiene consecuencias ambiguas difíciles de valorar. Por un lado es cierto que el mal se desactiva, en parte, cuando es desenmascarado; pero no menos cierto es que precisamente su ostentación alienta el terror y es la bandera que emplean quienes lo utilizan para alardear de sus «triumfos». «Mostrarlo todo, exhibirlo todo: no hay mejor manera de inmunizarnos contra las calamidades de las que nos informan los medios de comunicación»³⁰. Asimismo, educativamente hablando, puede resultar contraproducente la constatación de lo

²⁹ Cf. F. MILLÁN, *La penitencia hoy. Claves para una renovación*, UPCO-DDB, Madrid-Bilbao 2001.

³⁰ P. BRUCKNER, *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona, 20024, 241.

sencillo que es matar. «Debemos recordar que los fascistas van a sacar de esta guerra no solo la amargura de la derrota sino la dulzura del recuerdo de los fáciles asesinatos en masa»³¹.

La exposición sin límites de ofensas y comportamientos deleznable está favoreciendo que la petición de perdón pública se convierta en una costumbre sobre la que se cierne la sospecha de la falsedad. En estos y otros casos semejantes, la búsqueda de acciones concretas que objetiven y ratifiquen la autenticidad de la petición de perdón se ha convertido en una demanda generalizada, y las reparaciones por parte de los ofensores, ineludibles. Conseguir mejorar la imagen ante la sociedad por miedo a perder réditos políticos, o para alcanzar beneficios penitenciarios es una realidad a tener en cuenta. Por eso algunos pensadores advierten de la amenaza que supone este exhibicionismo de la confesión (sea causado por presiones externas e internas, o por pura complacencia)³², y otros consideran que detrás de esta «mundialización de la confesión» se esconde una mutación del «vivir juntos» en confrontación con la tradición judeocristiana³³.

¿Cómo manejar esta exteriorización del perdón y la reconciliación desde la fe en la que se tiene en alta estima la discreción? ¿Cómo cuidar y preservar la intimidad de las personas en relatos públicos y conocidos por una mayoría? ¿A qué se expone un perdón tan expuesto?

2. CONCLUSIONES QUE SON PREMISAS PARA ENTENDER EL ALCANCE Y LA NECESIDAD DE LA REDENCIÓN

Esta panorámica del contexto en el que se mueven el perdón y la reconciliación en la actualidad nos deja muchas preguntas y algunas consideraciones que se convierten, a su vez, en premisas sobre las que sustentar el sentido y alcance de la reconciliación realizada por Dios en Cristo. Porque quien quiera explorar el sentido y validez del perdón de Jesús en estos tiempos tiene que conocer los rasgos de esta época

³¹ V. GROSSMAN, *op. cit.*, 71.

³² V. JANKÉLÉVITCH, *La mauvaise conscience*, en *Philosophie Morale*, Flammarion, Paris 1998, 160-163.

³³ J. DERRIDA, «Confesar lo imposible. Retornos, arrepentimiento y reconciliación», en: R. MATE (ed.), *La filosofía después del Holocausto*, Riopiedras, Zaragoza 2002, 150, 173-175.

convulsa que valora el perdón pero no encuentra la vinculación posible con el Señor. Y puesto que se trata del perdón de Dios, darlo a conocer es un irrenunciable pues, por esencia (al ser lo Divino su agente), debería tener un alcance universal que abarcara todas las situaciones posibles (genocidios incluidos).

Sin embargo, conceptos como «redención», «pecado» o «salvación» (ligados en la tradición cristiana al perdón y la reconciliación) resultan extraños a los oyentes de este mundo que apenas encuentran algo más que vestigios de un orden antiguo, ya superado, que no posee ninguna relevancia para la vida concreta de las personas. Se trata de un lenguaje que ni se entiende, ni despierta interés; un dato preocupante tratándose de uno de los pilares de la fe.

El Señor ha realizado una obra magnífica e incomparable por la que nos ha entregado una vida nueva a costa de su vida. Sigue siendo urgente transmitir esa bondad de Dios capaz de alterar el curso de la historia y de ofrecer esperanza ante el sufrimiento causado por un mal ejercicio de la libertad. Por eso el Papa Francisco, junto a la llamada al duelo y al llanto que hizo en Redipuglia, habla con tanta convicción de la alegría del Evangelio que tiene su origen, no en la voluntad y esfuerzo de la persona, sino precisamente en la salvación recibida: «Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento»³⁴. Pero, además, con el añadido de que se trata de algo al alcance de todos: «nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor»³⁵. Quienes vivieron la experiencia de los campos de concentración tomaron plena conciencia de ello: «El hombre se cura con el orden de Dios y en la proximidad de Dios. Así vuelve a recuperar la capacidad de la alegría y del vivir alegre. Lo que mi vida es y quiere significar, el compromiso que un día aceptó y en el que permanece, no es otro que establecer el orden de Dios, anunciar su presencia, enseñarla y transmitírsela a otros»³⁶.

Ahora bien, para que pueda despertar algo de interés lo acontecido en Jesucristo, ya no sirve tomar como punto de partida la verdad revelada sin anclaje en los problemas concretos. Por eso es necesario mirar primero la realidad conocida por todos, en la que cada ser humano

³⁴ Papa FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 1 (24-XI-2013).

³⁵ *Ibid.*, n. 3. Está haciendo suyas las palabras de Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Gaudete in Domino* (9 mayo 1975), 22: AAS 67 (1975), 297.

³⁶ A. DELP SJ, *Escritos desde la prisión*, Sal Terrae, Santander 2012, 90.

pueda verse reflejado, y donde emergen las preguntas universales. Solo desde ahí podrá abrirse una vía de entendimiento con los hombres y mujeres de este mundo. Esta es la razón por la que resulta imprescindible la primera parte de este artículo en la que hemos dibujado el nuevo escenario en el que perdón y reconciliación deben hacerse significativos en la actualidad, y de modo similar, esta segunda, en la que podremos poner las bases para comprender el alcance y la dimensión, *la anchura y longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento* (Ef 3,18).

De lo visto y descrito en el apartado anterior se derivan algunos datos que, siendo realistas, dibujan un horizonte dramático.

- Primera constatación. - La irreversibilidad es un hecho que forma parte de la existencia. Lo hecho, hecho está. Y ni siquiera Dios lo puede borrar³⁷. Se pueden realizar acciones compensatorias, pero que no deshacen lo hecho, o similares pero nunca iguales, pues las circunstancias cambian continuamente. «Es inútil hacer nulo lo ocurrido y además pretender que no haya sucedido. Perpetrar un crimen es un acto que queda recogido una vez en la crónica de un periódico, pero el haberlo cometido durará siempre. El ‘haber-tenido-lugar’ es imperecedero: la cosa hecha comienza y acaba, mientras que el ‘hecho-de-haber-hecho’ no acabará jamás. Por eso era una pasión infructuosa de los nazis el exterminio de los judíos; porque nunca habrían conseguido hacerlos desaparecer del pasado. Podían eliminar a todos los judíos de la tierra, pero no el hecho de que hubieran existido (como probablemente habrían deseado)»³⁸.
- Segunda constatación. - Hay pérdidas que son irrecuperables. Muertes violentas, vidas esclavizadas, proyectos truncados... mucha riqueza humana que estaba destinada a beneficiar a la Aldea Global, ha sido despojada de la posibilidad de amar y darse por el bien de todos, y no ha podido cumplir su tiempo ni sus sueños.

³⁷ ARISTÓTELES, *Ética Nicomáquea*, VI, 2,6 (1139 b 6): «de una cosa solo Dios está privado: de hacer que no se haya realizado lo que ya está hecho».

³⁸ M^a D. LÓPEZ GUZMÁN, *Desafíos del perdón después de Auschwitz. Reflexiones de Jankélévitch desde la Shoa*, Comillas-San Pablo, Madrid 2010, 247. Cf. V. JANKÉLÉVITCH., *L'Irréversible et la nostalgie*, Paris 1974, 275.

«Todo lo que no se da se pierde», dice un proverbio hindú que la Madre Teresa repetía. Y así ha sido.

La verificación de que hay vida en medio de la muerte, de que hay respuestas positivas en medio de la barbarie, de que algunos seres humanos han sido capaces de sacar lo mejor de sí mismos –hasta de reconciliarse con sus enemigos– en medio de la barbarie, no puede hacernos caer en la ilusión de pensar que no ha habido vidas arruinadas y no debe animarnos a pasar demasiado rápidamente por su tragedia como si lo único que tuviera valor fuera la experiencia de quienes lo vivieron con fortaleza de espíritu y heroica generosidad. En todo caso puede servir de acicate a la esperanza. Pero el ser humano no puede devolver a esta vida a quienes ya no están. Una parte de la humanidad ha sido amputada en ellos.

Por eso, hay preguntas que siempre van a golpearnos ante la contemplación del mal: «¿Cómo se puede seguir viviendo? ¿Se puede caminar a través de la sangre, de los muertos, como si nada hubiera pasado? ¿Hasta dónde llega el sufrimiento de todos aquellos que tratamos de vivir como si no hubiera pasado ni pasase nada?»³⁹.

Muchos de los supervivientes de genocidios sufrieron el acoso de estas preguntas ante las que la tentación del suicidio se aparecía como la mejor salida. «Solo quería escapar de la existencia»⁴⁰ afirma Immaculé Ilibaguiza tras haber perdido a la mayor parte de su familia en el genocidio de Ruanda. Preguntarse constantemente por qué «murieron los mejores» conduce a una situación de tristeza infinita y de culpa⁴¹.

- Tercera constatación. - Recordar es un imperativo moral. Los que ya no están no merecen el olvido si es a costa de la alegría de otros. Apartar la mirada del pasado para vivir más tranquilos y subsanar o contrapesar el dolor con la nueva vida que renace no conduce a una paz duradera. Las muertes de unos no se equilibran con la vida de otros. Ni siquiera a Dios le compensa, pues no le ha sido suficiente

³⁹ I. ILIBAGUIZA, *op. cit.*, 41.

⁴⁰ *Ibid.*, 42.

⁴¹ Según estudios realizados por el doctor Yoram Barak del Centro de Salud Mental Abarbanel en Bat Yamen, la tasa de suicidios en los campos de concentración fue de 25.000 por cada 100.000, es decir, uno de cada cuatro.

con regalarnos una vida eterna que pueda aliviar y hacer desaparecer el dolor por completo y realizar por fin la justicia en plenitud. Dios ha querido (y quiere) también esta vida. La creó, por amor, para el hombre, porque no le era suficiente la otra –el Paraíso celestial– para transmitirnos la hondura del amor al que estamos llamados.

La conmemoración de fechas históricas de las masacres o las guerras (el inicio de la Primera Guerra Mundial el pasado 2014; el principio del fin de la Segunda y el lanzamiento de las dos bombas atómicas en Japón en este 2015...), así como la proliferación de Museos de la Memoria (Yad Vashem en Jerusalén; Museo de la Memoria y Derechos Humanos de Chile; Kaji Tulam, la Casa-museo de la Memoria en Guatemala; Museo Memoria y Tolerancia en México; Museo de la Memoria del Genocidio de Ruanda en Kigali; Tuol Sleng, el Museo del Genocidio de Camboya; o el Museo del Memorial Srebrenica-Portocari, entre otros) ratifica esta necesidad. Pero estos gestos simbólicos no solo poseen la misión de no olvidar para que no se vuelva a repetir algo semejante, sino de recordar las heridas que el ser humano ha causado (y sigue causando) sin que nadie pueda ya evitar que hayan sucedido.

- Cuarta constatación. - Las pérdidas son irreparables. Ni siquiera aunque hubiera una oleada de personas que trabajasen por la justicia, o que una corriente de bonhomía invadiera el planeta y la violencia cesara de golpe, el hombre tendría la capacidad de reparar todas las injusticias de la historia. Mucho menos constatando que ni el tiempo pone las cosas en su sitio, ni todos los ofendidos pueden ser atendidos (porque algunos ya no están; y porque existe, como señalamos al comienzo, una cadena de víctimas que surge por los vínculos del afecto y la pertenencia). Toda la humanidad está implicada en cada acto (bueno... y malo). Lo que sucede a cada uno, repercute en todos. *Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él* (1Co 12,26).

Esta conciencia de irreparabilidad no se sostiene únicamente en la afirmación anselmiana de que la gravedad de la ofensa descansa en el valor del sujeto ofendido, y siendo Dios el ofendido, el hombre no tiene ninguna posibilidad de expiación por sí mismo⁴²,

⁴² SAN ANSELMO, *Por qué Dios se hizo hombre*, L I, c. XXII, en: *Obras completas I*, BAC, Madrid 2008.

sino que, dada la profusión de los genocidios y la envergadura del mal que en ellos se revela, el daño que la humanidad se ha hecho a sí misma es ya inconmensurable.

San Anselmo se fijó en las ofensas a Dios para evidenciar la incapacidad humana para reparar las ofensas hechas; pero basta mirar la mera humanidad para captar la insondable profundidad de las heridas causadas al hombre por el hombre. Quizás sea esta la razón por la que se fraguó el concepto de «crímenes contra la humanidad»⁴³. Porque la sociedad moderna no encontraba palabras para describir la crueldad que esos acontecimientos muestran y que rompían incluso los códigos y criterios jurídicos anteriores. Se abría una nueva etapa en la valoración de la maldad.

No se necesita ser creyente para asumir y ratificar estas afirmaciones. Es un hecho a la vista de todos.

Las víctimas y las injusticias provocan en la historia una fractura y una separación o distanciamiento triple: separación de los que ya no están, y pérdida de lo que podían haber aportado; distanciamiento entre unos y otros provocado por las ofensas mutuas, con el consiguiente rencor y resentimiento posterior; y separación y distanciamiento de Dios, pues nada hay más contrario a su querer, es decir, a su voluntad, que la ruta que marca el pecado o la malevolencia.

Parece claro que el hombre se ha metido en un callejón sin salida. La tarea se presenta titánica e impracticable. Tres frentes debe atender: la creación entera, dañada por los usos y abusos a los que se ha visto sometida (no solo por la explotación de los recursos naturales, sino por la del hombre hacia el hombre); los humillados y ofendidos, signos vivientes de la injusticia que pervive por los siglos; y Dios, víctima en cada uno de

⁴³ El término 'crímenes contra la humanidad' había sido usado en un sentido no técnico desde 1915 y en declaraciones subsiguientes que se referían a la Primera Guerra Mundial y fue insinuado en el preámbulo a la Convención de La Haya de 1907 en la llamada 'Cláusula Martens'. Por eso, cuando los crímenes contra la humanidad fueron incluidos en la Carta de Nuremberg, aunque ésta fue la primera vez que se usó técnicamente el término, no fue considerado como un concepto nuevo. No obstante, fue creada una nueva categoría de crimen que hace referencia al asesinato, el exterminio, la esclavitud, la deportación y otros actos inhumanos cometidos contra cualquier población civil, antes o durante la guerra. También tenía en cuenta las persecuciones basadas en motivos políticos, raciales o religiosos.

nosotros por el vínculo de la paternidad (como Creador y Padre que es) y la filiación (como criaturas e hijos suyos que somos).

Una opción no creyente que mirara de frente las masacres que se han perpetrado no podría esquivar la pregunta por el sinsentido y la injusticia radical de una existencia absurda para muchos. El humanitarismo quizás sea suficiente para ser solidario, pero no, si quiere ser honesto, para vivir con esperanza. Tampoco los creyentes lo tienen fácil. Pues nadie debería acogerse a la fe para rebajar el sufrimiento acumulado en la historia, o para dar una respuesta irrespetuosa a quienes deben convivir con pérdidas irrecuperables. Para vivir con gozo, tal y como nos anima el Papa Francisco, solo queda acogerse a un Dios con un rostro concreto, pues no cualquier dios valdría para devolverle al ser humano la alegría. Tendría que tener los siguientes rasgos: ser respetuoso con el dolor de quienes han padecido la ignominia; justo con las víctimas inocentes y con los verdugos; y misericordioso con los pecadores –porque *si llevaras cuentas del mal, ¿quién podrá resistir?* (Sl 130,3)–. «El hombre ha sido hecho para la felicidad, que no puede existir en este mundo, y que nadie puede alcanzarla, sin perdonársele sus pecados»⁴⁴. El perdón también aparece indisolublemente ligado a la posibilidad de ser feliz.

Así pues las condiciones en las que queda el ser humano tras verificar la presencia del mal radical se pueden resumir en dos afirmaciones:

- Primera: el hombre necesita ser rescatado de una situación de la que no puede salir por sí mismo. No está en sus manos la capacidad de hacer justicia a todas las víctimas de la historia.
- Segunda: El hombre necesita un Ser Superior; necesita a Dios y solo a Él. Por tres razones fundamentales: porque es el Señor del tiempo y puede actuar en los tres «tiempos del Tiempo» (pasado-presente-futuro), Él sí puede intervenir sobre el pasado que al hombre se le escapa; porque es el Señor de la historia (y tiene poder para cambiar radicalmente su rumbo); y porque es el Señor de la Creación y la Humanidad (y, por tanto, puede hacer justicia sobre ella).

Esta precaria situación en la que ha quedado el ser humano es la causa inmediata (aunque no única) que motivó la redención. San Anselmo lo señala sin ambages: «¿No es motivo suficiente y necesario para que Dios

⁴⁴ SAN ANSELMO, *op. cit.*, L I, c. X.

obrara como obró al ver que el género humano, su obra por excelencia, andaba perdido, y que el plan grandioso que Dios había concebido con respecto al hombre había fracasado totalmente y que para restaurar de nuevo ese programa no había nada en las criaturas capaz de lograrlo, y que solamente el Creador podía poner remedio a tanto mal?»⁴⁵

Este mismo planteamiento resuena, cinco siglos después, en los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola, cuando en la Segunda Semana propone la contemplación de la Encarnación. Una oración marcada por la visión de dos escenas de mucho contraste: por un lado, la humanidad viviendo «en tanta ceguedad» EE [106,2]; y por otro, las tres Personas Divinas determinándose a hacer «redención del género humano» EE [107]. Curiosamente esta comparativa será utilizada con frecuencia por Monseñor Romero en sus homilías: «Dios quiere darnos la vida, y todo hombre que quita o estropea la vida mutilando, torturando, reprimiendo, está descubriéndonos también por contraste, la imagen divina del Dios de la vida, del Dios que respeta la libertad de los hombres»⁴⁶.

Cuando se percibe sin excusas las dimensiones del mal y sus consecuencias no resulta tan extraña la afirmación de la necesidad de un Dios. Se trata de una conclusión lógica que brota de la razón. Otra cosa distinta es aceptarlo o no, dar el salto a la fe o rechazar dicha opción. En el caso de que se diera el paso, tampoco sería automática la creencia en un Dios misericordioso que decidiera actuar en favor del hombre. Si se admite que solo hay un Dios que es magnánimo y que vela por el bien de su criatura, habría que intentar respaldar dicha afirmación con acciones concretas que puedan atribuírsele (tanto el haberlas hecho como el modo de realizarlas). Pero al menos se encontraría en el momento idóneo para ser liberado porque, como señala Rahner, «la redención supone, objetivamente, la necesidad de ser redimido y, subjetivamente, la aceptación de tal necesidad por parte del hombre (...) La necesidad de redención es concretamente aprehendida en el acontecimiento de la redención aceptada. En otro caso, el hombre no mide bien la radical experiencia de su culpa, la negará y la tergiversará»⁴⁷.

⁴⁵ SAN ANSELMO, *op. cit.*, L I, c. IV.

⁴⁶ MONS. O. A. ROMERO, *Su pensamiento VIII*, 1989, 235.

⁴⁷ K. RAHNER, «Redención», en *Sacramentum Mundi*, vol. V, Herder, Barcelona 1977, 758-778.

3. CRISTO RECONCILIADOR

El punto de partida para hablar de un Dios que reconcilia a la humanidad y a la creación entera parece, por tanto, incuestionable: si el hombre no puede por sí mismo salir de esta situación límite y liberarse de ella, el rescate tendría que venir de Alguien más poderoso que esté dispuesto a hacerlo por Él. Esto nos lleva a uno de los puntos nucleares de la fe cristiana; porque si existe en ella ese afán evangelizador es por comunicar la Buena Noticia de que, efectivamente, eso ha sucedido (cualquier consideración moral es secundaria respecto al impacto del acontecimiento central⁴⁸). San Pablo, el cantor de la obra reconciliadora de Cristo, lo explica así: *Carecíamos de fuerzas, pero Cristo murió por los culpables en el momento señalado. Difícil cosa es afrontar la muerte, aunque sea en favor de una persona buena; no obstante, por una buena causa, tal vez alguien estaría dispuesto a morir. Pues bien, Dios nos ha dado la mayor prueba de su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores (...) Siendo enemigos, Dios nos reconcilió consigo mediante la cruz de su Hijo* (Rm 5,6-11).

Está claro que solo Dios podía echarse a las espaldas el destino de la humanidad y salir victorioso. Pues no habría valido un acto de heroísmo (ni de un dios, ni de un hombre ejemplar) si al final acaba en derrota. Tenía que tratarse de Alguien que garantizase el triunfo al menos al término de esta Historia.

Quien ha vivido una situación extrema sabe que las buenas intenciones no son suficientes. O el Otro tiene ese poder de salvar a los que están en peligro de muerte, o su esfuerzo se sumaría a la lista de fracasos de la humanidad. Solidario sí; pero insuficiente. En una visita a la cárcel de Sing Sing, Corrie Ten Boom –cristiana holandesa que acabó en un campo de concentración por esconder a numerosos judíos durante la persecución nazi, y que fue nombrada Justa entre las Naciones por el Yad Vashem– se acercó a los presos y les transmitió la esperanza de la redención en Cristo de una forma sintética, franca y sorprendente: «Les conté cómo en Ravensbrück, cuando vi la muerte cercana, me di cuenta de repente que la vida es, después de todo, muy sencilla, pero que somos

⁴⁸ «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva», BENEDICTO XVI, Carta Encíclica, *Deus Caritas est*, n. 1 (25-XII-2005).

nosotros quienes la hacemos complicada. El diablo es más poderoso que nosotros, pero Jesús es más poderoso que el diablo. Así que, si pertenecemos a Jesús, estamos en el bando vencedor. Él vino a destruir las obras del diablo. No solo perseguimos la victoria, sino que lo hacemos desde el lado de la victoria»⁴⁹. Porque «la victoria de Cristo está asegurada, aunque no lo esté la participación en ella de cada uno de nosotros»⁵⁰.

La humanidad está necesitada de reconciliación para no destruirse a sí misma y lo que revela el Dios de Jesucristo abre un camino sorprendente que demasiadas veces pasa inadvertido. Para ir comprendiendo un poco mejor el significado de la redención habría que intentar responder –pobre y limitadamente– a algunas preguntas esenciales: ¿Qué hizo Dios para reconciliarnos consigo y con todo lo creado? Y, sobre todo, ¿cómo lo hizo y por qué?

3.1. QUÉ HIZO DIOS

La palabra clave respecto a la acción de Dios después de tanto mal es «reconciliación». Y para llevarla a cabo hizo uso de varias herramientas: el diálogo, la mediación, la memoria y el perdón. Lo que Él decidió hacer ante el caos en que había quedado la humanidad fue reconciliar.

Lo que engendra la violencia y la humillación es división y distancia entre unos y otros. Y contra esas consecuencias combaten el perdón y la reconciliación. Reconciliar significa unir lo que se ha separado, acordar y atraer los ánimos que se han desunido. Se trata de una ardua y delicada tarea que es necesario aplicar en los tres órdenes mencionados con anterioridad: en el de la creación, permanentemente expoliada; en el de la humanidad, llena de tensiones y divisiones internas; y en lo que toca a Dios, a quien se ignora y maltrata en sus criaturas. Pero en la relación con el Señor existe un desequilibrio de raíz insalvable. Nosotros somos los ofensores, mientras que Dios siempre ha obrado con honestidad. Él es *el Justo* por excelencia. Todas sus acciones llevan la marca de la generosidad y la gratuidad. Cuando Jesús propone: *Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues*

⁴⁹ C. TEN BOOM, *Amazing Love: true stories of the power of forgiveness*, CLC Publications, Fort Washington, 2011, 16. [Traducción del autor].

⁵⁰ L. LADARIA, *Jesucristo, salvación de todos*, San Pablo-Comillas, Madrid 2007, 154.

la túnica. A todo el que te pida, da, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames (Lc 6,29-30), es porque Dios lo ha hecho primero en su historia con la humanidad. Ha obrado a favor del hombre aun cuando tenía motivos sobrados para no hacerlo.

Desde esta situación el Señor ha marcado una interesante hoja de ruta «reconciliadora»⁵¹:

- Primer paso: el diálogo. Descender para estar con su criatura máspreciada. Dios, a pesar de formar parte del grupo de los ofendidos, ha venido a este mundo. No se ha desentendido del ser humano a pesar de no tener ninguna responsabilidad sobre lo sucedido. No ha abandonado al ser humano a su suerte. Y si bien es más que probable que habría venido incluso aunque no hubiera tenido que rescatarnos (la salvación en toda su riqueza desborda la redención e incluye la divinización, la iluminación, el admirable intercambio, la consumación, la recapitulación, etc.)⁵², el hecho es que ya no podía hacerlo prescindiendo del pecado. La venida adquiriría así una nueva connotación.

Con este gesto, y después de lo acontecido, dejaba traslucir una doble generosidad: haber tomado la iniciativa del reencuentro aun siendo víctima (dando así un inmerecido primer paso para la reconciliación); y seguir dirigiéndonos la Palabra⁵³ de forma aún más comprometida y concluyente (continuando el diálogo con el hombre, el mejor camino hacia la conciliación).

En definitiva, no le ha importado mirar de nuevo a su criatura a pesar de las ofensas. Algo que no hay que dar por supuesto. Mirar a los ojos del otro es el gesto por excelencia en el que se reconoce la alteridad... por eso los verdugos lo evitan y los vendan, intentado así olvidar que quien tienen delante es realmente una

⁵¹ Sigo aquí un planteamiento semejante, aunque con algún subrayado distinto, al que desarrollé en la siguiente colaboración: M. D. LÓPEZ GUZMÁN, «El perdón como superación del mal», en VV.AA., *Misterio del mal y fe cristiana*, op. cit., 293-323.

⁵² A. CORDOVILLA, «El camino de la salvación», en N. MARTÍNEZ-GAYOL (ed.), *Retorno de amor. Teología, historia y espiritualidad de la reparación*, Sígueme, Salamanca 2008, 17-64.

⁵³ «Se nos ha dirigido una Palabra buena, y si acogemos esta Palabra, que es Jesucristo, Palabra encarnada, el Espíritu Santo nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro, y da alas a nuestra esperanza», Papa FRANCISCO, Carta Encíclica *Lumen Fidei* n. 7 (29-VI-2013).

persona, un «tú»⁵⁴. El Señor nos sigue considerando interlocutores válidos.

- Segundo paso: el perdón. Acercarse expresamente a los más distanciados. Entre sus acciones más sorprendes destaca el gesto de salir e ir hacia a los ofensores para encontrarse con ellos –*No he venido a llamar a justos sino a pecadores* (Mt 9,13)–. Jesús, de hecho, era conocido por ser *amigo de publicanos y pecadores* (Mt 11,19).

Durante su vida pública el perdón se convirtió en uno de sus temas recurrentes. No en vano la figura de Jesús de Nazaret es conocida mundialmente por su querencia hacia el perdón⁵⁵. Habló de él utilizando diversos lenguajes (discursos, sentencias y parábolas) y en momentos distintos (al hilo de los encuentros con las personas). En sus mensajes y reflexiones destacan algunas ideas: la vinculación indisoluble entre el perdón de Dios y el que acontece entre las personas (Mt 5,23-24); la relación paradójica entre gratuidad y reciprocidad (Lc 6,27-37); la importancia de la corrección fraterna (Mt 17,3); el carácter sanador del perdón⁵⁶ (Mt 9,1-8); la solidaridad de todos en el pecado (Jn 8,1-11); el potencial regenerador del amor reconciliador (Lc 19,8), y la inquebrantable disponibilidad del Padre hacia la reconciliación y el encuentro (Lc 15).

De sus reflexiones se desprenden algunas afirmaciones relevantes. Destacaremos tres especialmente importantes para el nuevo contexto actual: que Dios nunca será una excusa para evitar enfrentarse a la realidad, más bien al contrario, un acicate para volver a ella; que la absolución no se salta la justicia ni se olvida de las personas a las que se ha herido (es decir, a las víctimas); y la permanente disposición al diálogo y el perdón. Estas conclusiones

⁵⁴ E. PASCUAL RODRÍGUEZ (coord.), *Los ojos del otro. Encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de ETA*, Sal Terrae, Santander 2013.

⁵⁵ Estaría en el polo opuesto de aquellos que consideran el perdón fruto de un pensamiento débil y sin futuro. Así se expresaba, por ejemplo, Zaratustra, el conocido personaje de la obra clásica de Nietzsche: «El superhombre es lo que yo amo, él es para mí lo primero y lo único, –y no el hombre, no el prójimo, no el más pobre, no el que más sufre, no el mejor» (...) «el mal es la mejor fuerza del hombre», Friedrich NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*, Madrid 199520, 383, 385.

⁵⁶ Cf. M.D. LÓPEZ GUZMÁN, «El poder curativo del perdón»: *LH. Humanización, Pastoral y Ética de la salud*, n. 302, 1/2012, 40-45.

indican que la vía adecuada para solicitar el perdón a Dios sería, por consiguiente, intentar en primer lugar la reconciliación con el prójimo. Por tanto, el perdón en el ámbito religioso no debería ser incompatible con el hecho de considerarlo una virtud cívica de alcance universal, pues el Evangelio insiste en que la reconciliación entre los hombres es prioritaria.

- Tercer paso: la mediación. El momento culminante y decisivo en la acción reconciliadora de Jesucristo sucede en la cruz, donde pronunció palabras de perdón mientras se acercaba la muerte y sufría la tortura. En realidad, este instante es la cima de toda una vida dedicada al encuentro y acogida de la fragilidad humana en todas sus manifestaciones⁵⁷.

Jesús había perdonado en nombre del Padre durante su vida pública, identificándose como Hijo de Dios y, por tanto, con potestad para hacerlo, mostrando que los pecados contra el hombre son igualmente pecados contra Dios que le convierten en ofendido y víctima. No obstante en la cruz, Él mismo sufre frontal y directamente los ataques del mal. Existe unanimidad en los testimonios que confirman que su reacción ante la violencia fue la no-violencia⁵⁸.

La respuesta de Jesús hacia sus verdugos resulta admirable pero no resuelve la situación en la que el ser humano ha quedado

⁵⁷ Cercanía y descendimiento son casi sinónimas en la vida de Jesucristo. Ese continuo acercamiento del Señor a la humanidad perdida implicaba mucha generosidad. Hubo varios hitos decisivos en orden a la reconciliación que así lo muestran: el primero fue la Encarnación (donde, además de estar-con-nosotros, asumió la humanidad para sí); el segundo, el Bautismo (donde se «empapó» de nuestros pecados y se hizo cargo de ellos); el tercero, el contacto continuo con pecadores (para quienes tenía palabras de misericordia); el cuarto, la cruz (respondiendo a la violencia con no-violencia); el quinto, el descenso a los infiernos («Dios soporta en Cristo, con su hondura inigualable, todos los horrores del inframundo»); y el sexto, la Eucaristía (aunque «subió» a los cielos tras la Resurrección, el Señor está de nuevo en medio de nosotros de un modo nuevo aún más humilde, pero glorioso, invitándonos a formar parte de su cuerpo a pesar de ser pecadores).

⁵⁸ «Jesús en libertad se pone donde estamos nosotros hasta el final (orden de la naturaleza que incluye el morir) y acepta las condiciones en que nuestra naturaleza está situada históricamente (el pecado y la violencia, que él padece y supera no en la reacción violenta contra ellos, que acrecentaría la violencia, sino en la aceptación y pasión transformadora a la vez que en el desenmascaramiento de sus causas)», O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, BAC, Madrid 2001, 115.

atrapado. Únicamente es admisible que lo que Jesús hizo afecta a toda la humanidad si se acepta que lo que sucedió allí, en la cruz (aunque ya en el Bautismo adelantó su misión en este asunto), es que se hizo cargo de una situación de pecado y de mal que no solo le tocaba a Él sino a toda la humanidad. Sesboüé recuerda que decir que Jesús se pone «en nuestro lugar» no significa que prive al hombre de su libertad y lo excluya, sino que actúa «a favor nuestro» y «por causa de nosotros», porque «se hace cargo» de nuestros pecados⁵⁹.

Pero sigue quedando abierto un interrogante crucial: ¿cómo puede una acción de alguien que se muestra tan débil y que termina con su muerte ser reconciliadora?, ¿dónde está el triunfo?, ¿es suficiente y satisfactorio apelar a un Más Allá en el que se verá con claridad esa victoria?

- Cuarto paso: la memoria. Jesús no olvida a los olvidados, y además, pide a sus discípulos que recuerden las acciones que Él ha realizado pensando en toda la humanidad. Cuando San Pablo y el evangelista Lucas, haciendo un ejercicio de memoria, reproducen las palabras del Maestro en la Última Cena, vinculan la actualización de sus gestos con el hecho de recordar –«*Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío*» (1Co 11,25)–.

La Iglesia es una comunidad de memoria que *con-memora* la vida y obra de Jesús. Y lo hace, no solo por «calidad» y caridad humana, como homenaje a un hombre bueno que ha marcado una dirección y un destino, sino porque el mismo Maestro pidió a sus discípulos que reprodujeran sus gestos para rememorar y actualizar lo realizado por Él.

Lo que Jesús ofrece, a pesar de la cruz, no es solo presente, sino que está vinculado a toda una historia que es necesario conocer porque evidencia ese estilo de Dios que rescata continuamente lo desahuciado. Así, el autor de la carta a los hebreos no tiene reparo en exhortar a una comunidad procedente del judaísmo en situación de desánimo y con la tentación de abandonar la fe y volver a prácticas anteriores, a que recuerden a ese Dios que siempre está

⁵⁹ B. SESBOÜÉ, *Jesucristo, el único Mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación*, Salamanca 1990, 384-404.

a su lado: *Traed a la memoria los días pasados, en que después de ser iluminados, hubisteis de soportar un duro y doloroso combate, unas veces expuestos públicamente a ultrajes y tribulaciones; otras, haciéndoos solidarios de los que así eran tratados. Pues compartisteis los sufrimientos de los encarcelados; y os dejasteis despojar con alegría de vuestros bienes, conscientes de que poseáis una riqueza mejor y más duradera* (Hb 10,32-34).

Estos cuatro pasos –diálogo, perdón, mediación, memoria– han quedado registrados en los textos del Nuevo Testamento. Pero no resulta ya tan accesible al entendimiento –ni siquiera para los creyentes y a pesar de las pistas bíblicas– el modo en que se produjo la salvación. Lo visible y constatable fue la muerte. Por eso la resurrección es clave –*si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación y vacía es nuestra fe* (1Co 15,14)–. Por lo tanto habría que buscar indicios que sustenten la posibilidad y razonabilidad de la resurrección, así como los datos que avalen el hecho de que la manera de enfrentarse al mal y vencerlo fue decisiva para poder hablar en términos de buena noticia y liberación del hombre.

3.2. CÓMO LO HIZO EL SEÑOR

El *cómo* comienza con el *quién*. Porque una misma acción puede cambiar radicalmente dependiendo de quién la realice, del sujeto que está detrás. Y en el caso de Jesucristo se trata de la segunda persona de la Trinidad, verdadero hombre y verdadero Dios.

El paso trascendental que el Señor había dado hacia su criatura le llevó a asumir la Humanidad. Se encarnó en una mujer, María, y en la concepción tomó la carne de su madre, se alimentó de ella, y creció humanamente gracias a ella (sin dejar de ser Dios). Así, en Él, en su persona, quedaron unidas para siempre la humanidad y la divinidad (sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación...). La fórmula de Calcedonia recogió en una audaz expresión este misterio: «la diferencia de naturalezas de ningún modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo y confluyen en un solo sujeto y en una sola persona»⁶⁰.

Este hecho es absolutamente fundamental porque el modo de proceder de Dios en esta Historia está vinculado estrechamente con el hecho

⁶⁰ DS 301-302

de quién era realmente el que llevó a cabo la redención, es decir, con ese Hijo, segunda persona de la Trinidad, en el que humanidad y divinidad se unieron sin perder cada una su naturaleza propia. La trascendencia de lo sucedido descansa justamente en esta *unión hipostática*. El significado de la salvación habría sido completamente distinto si en lugar de poseer la plenitud de las dos naturalezas hubiera sido solamente hombre (porque entonces habría quedado en la misma posición que nosotros, sin posibilidad de rescatarnos), o exclusivamente Dios (y en tal caso la salvación sería una imposición y una demostración de fuerza divina); o un poco más hombre que Dios (lo que revelaría una Divinidad sometida al capricho y decisiones de su criatura), o al contrario, alguien con mayor peso divino que humano (donde la divinidad absorbería la humanidad dejándola en un segundo plano).

No es, por tanto, un detalle sin importancia esta condición de Jesucristo⁶¹ que transmite un exquisito reconocimiento tanto de lo humano como de lo divino (ninguna de las dos realidades avasalla a la otra, aunque la divina es la que asume la humana y no al contrario)⁶², y de las dos naturalezas entre sí. Que fuera Jesucristo, siendo como era, y no otro, el que tomara sobre sí la responsabilidad inmediata del rescate (aunque estuviera apoyado tanto por el Padre, a quien obedece; como por el Espíritu, de quien recibe el aliento) dice mucho de Dios. Cristología y soteriología –como señala W. Kasper– no se pueden separar. El *ser-en sí* de Cristo está indisolublemente unido a su *ser-para*. Porque «solo conocemos la esencia de una cosa a través de su manifestación, es decir, a partir de su ser para lo diferente de sí, o sea, por su importancia para lo distinto de ella y su influencia en ello. De ahí que el significado concreto de la profesión de fe en Jesucristo y del dogma cristológico solo se nos haga patente cuando nos preguntamos por la importancia liberadora y redentora de Jesús»⁶³.

En este sentido «la humanidad de Cristo posee una singularidad extraordinaria porque es el punto donde Dios y el hombre se encuentran en su máxima potencia. Dicho encuentro, lejos de hacer que ambas

⁶¹ Cf. G. URÍBARRI, *La singular humanidad de Jesucristo. El tema mayor de la teología contemporánea*, San Pablo-Comillas, Madrid 2008, 394-410.

⁶² Uríbarri habla del «escándalo de la unidad de la humanidad asumida por la persona divina del Verbo, eje, centro, cumbre y excelente ejecutor de la economía divina de la salvación», *Ibid.*, 388.

⁶³ W. KASPER, *Jesús el Cristo*, Sal Terrae, Santander 2013, 49.

realidades se desdibujen en su propia consistencia produciendo un híbrido, semidiós y semihombre, conduce por el contrario a que la persona humana encuentre su auténtica medida, a que la humanidad se perfeccione y logre la meta que le es propia, en cuanto tal y en su relación con Dios, aspectos que no son deslindables»⁶⁴.

Esta peculiaridad propia y genuina de la persona de Jesucristo aporta a priori, solo por el hecho de ser así –hombre y Dios–, varios datos esenciales respecto al tema de la reconciliación:

- Él muestra en su misma Persona que humanidad y divinidad no solo no son incompatibles sino que lo humano alcanza su plenitud cuanto más cerca está de Dios. Que en Cristo «convivan» pacíficamente, en plena armonía, lo humano y lo divino ya nos da una idea primera del carácter conciliador del Señor. Su *Ser es ensí* pura concordia de realidades diferentes. Toda una declaración desde el principio de su mismo ser.
- Que la redención sea misión propia de la segunda persona de la Trinidad arroja luz sobre la manera de rescatarnos: por un lado sucede desde «dentro», en este mundo, al haberse encarnado (contando, por tanto, con la humanidad, la suya y la de todos, al representar lo que estábamos llamados a ser desde el principio); y, por otro, está impulsado desde «fuera» (pues la sola humanidad no basta para vencer el mal ni la muerte) con el fin de llevar al ser humano Más Allá....

Este modo de rescatar que aúna inmanencia y trascendencia tiene consecuencias importantísimas que están implícitas en la creencia en la resurrección y en el perdón de los pecados, aunque habitualmente no se perciben con claridad. La salvación, incluso en su clave de reconciliación, transmite por el modo de haberla llevado a cabo, una imagen de Dios y de su mirada sobre el ser humano, enormemente respetuosa. En primer lugar porque, al haber contado con la humanidad y hacerla suya evidenció que «no quiso salvar al mundo sin que el hombre hiciese algo grande»⁶⁵. Con esta afirmación, san Anselmo, de forma lúcida y certera, transmitía que la Humanidad asumida por Dios salvaguardaba la dignidad del hombre. No hay nada que otorgue mayor valor que,

⁶⁴ G. URÍBARRI, *op. cit.*, 409-410.

⁶⁵ SAN ANSELMO, *op. cit.*, L I, c. IX.

por un lado, el reconocimiento de la diferencia y la asunción del otro tal y como es, y por otro, tenerlo en cuenta como interlocutor y colaborador. De hecho no ha prescindido del ser humano para algo tan decisivo como la liberación. El Señor ha rehabilitado a la humanidad devolviéndole su capacidad de ser cooperadora y partícipe de los planes del Creador.

- En esta dignidad de lo humano que tanto respetó Dios en la Encarnación hubo un detalle especialmente importante para el tema de la reconciliación que tiene que ver con «el querer» tanto del hombre como de Dios. Y es el hecho de que en Jesucristo se anaran de nuevo las dos voluntades, confluyeran los deseos y las intenciones de ambas naturalezas. Así lo afirma el Concilio de Constantinopla III en el año 681: en el Verbo encarnado la voluntad humana y la divina son cooperantes⁶⁶, y por tanto, no existe oposición entre ellas. Así, lo que había quedado separado en el pecado por la desobediencia del hombre, se vuelve a unir en Cristo y gracias a Él. *En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos* (Rm 5,19).

Esta afirmación es trascendental. Por eso la Iglesia no aceptó la tesis del monotelismo que defendía la existencia de una sola voluntad en Cristo donde el querer humano quedaba completamente desdibujado. Solo Alguien que conciliara las dos voluntades podía regenerar de nuevo la humanidad que se había distanciado en sus deseos, intenciones y elecciones, de Dios. La máxima expresión de esta armonía recuperada entre humanidad y divinidad acaece en Getsemaní, donde Jesús lleva al extremo la obediencia al Padre y la confianza en su voluntad (aceptando que era mejor que la suya): *Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú* (Mt 26,39).

«El drama del Monte de los Olivos consiste en que Jesús restaura la voluntad natural del hombre de la oposición a la sinergia, y restablece así al hombre en su grandeza. En la voluntad natural humana de Jesús está, por decirlo así, toda la resistencia de la naturaleza humana contra Dios. La obstinación de todos nosotros, toda la oposición contra Dios está presente, y Jesús, luchando,

⁶⁶ DS 556-559.

arrastra la naturaleza recalcitrante hacia su verdadera esencia»⁶⁷. En esta decisión de Jesús queda patente la vinculación entre la identidad de Cristo (hombre y Dios) y su modo de proceder. El *quién* realizó la salvación, y el *cómo* lo hizo, se materializó en la libre obediencia al Padre.

Quizás por eso la verdadera santidad descansa no en el estado de vida o en la perfección de las virtudes sino en hacer la voluntad del Señor, es decir, en que mi voluntad y la suya sean coincidentes, una y la misma. Así sucedió plenamente en Cristo donde «el Verbo hecho carne, en su obediencia al Padre, ha querido humanamente todo lo que ha decidido divinamente con el Padre y el Espíritu Santo para nuestra salvación»⁶⁸.

- La liberación operada en Cristo vivió un momento cumbre y decisivo en la cruz. Allí, la apuesta de Dios por la reconciliación se hizo especialmente clara, visible e irrevocable.

En la condena de Jesús y sus consecuencias (tortura y muerte) hubo una concentración de violencia sobre Él y sobre toda la humanidad en Él representada. Ese instante se convirtió en el lugar donde se condensaron las ofensas de los hombres hacia todos los inocentes de la historia. Allí Jesús sufrió el peso de la barbarie y la ignominia injustamente. Desde el juicio, que estuvo basado en falsos testimonios y en la malevolencia –*Los sumos sacerdotes y el Sanedrín entero andaban buscando un falso testimonio contra Jesús con ánimo de darle muerte y no lo encontraron a pesar de que se presentaron muchos falsos testigos. Al final se presentaron dos* (Mt 26,57)–, hasta la muerte, todo fue una concatenación de brutalidades sobre su persona.

La reacción de Jesús en esa situación resulta crucial tratándose del Hijo de Dios. Porque lo que hizo en ese instante tampoco puede desligarse de su identidad. Si hubiera sido solo un hombre, habría quedado para la posteridad como una gran figura que realizó un acto sublime perdonando a sus enemigos en el momento de mayor dolor. El perdón, en ese caso, se asimilaría a un gesto heroico pero baldío respecto al «después» de la tortura. A lo sumo podría ser valorado como un acto ejemplar o modélico con la idea

⁶⁷ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Ed. Encuentro, Madrid 2011, 190.

⁶⁸ *Ibid.*

de no alentar la venganza en sus seguidores, pero incapaz al mismo tiempo de ofrecer un futuro ante la violencia del mal. ¿Por qué dice entonces San Pablo que *la muerte ha sido devorada en la victoria?* (1Co 15,55).

La resurrección es la respuesta. Porque, tras la apariencia real de derrota o el fracaso «inicial» (tal y como queda patente en la narración de la colocación del cadáver de Jesús en el sepulcro, Mc 15,46⁶⁹), hubo un acontecimiento que cambió radicalmente el signo de la historia y que mostró la Vida que hay después vinculada a la nuestra. Dios ratificaba la obra de Jesucristo al resucitarle de entre los muertos. Y no se trataba de otra figura distinta, que «saltaba» por encima de la historia a otra existencia. No. El Resucitado es el Crucificado: *Mirad mis manos y mis pies, soy yo mismo* (Lc 24,39). El perdón histórico quedaba, así, plenamente validado y la violencia de este mundo hecha añicos. Lo que de verdad no tiene futuro es el mal. Hay un muro de contención para el pecado que es precisamente la muerte. De ahí no puede pasar. No tiene posibilidad de continuar. El mal queda devorado en su propia maldad: genera muerte y es aniquilado por la misma muerte.

Jesús enseña en la cruz que «el bien es infinitamente más grande que toda la masa del mal, por más que éste sea terrible»⁷⁰. Lo muestra con el perdón, y lo «demuestra» al sancionarlo en la resurrección. Dios se ha puesto como lugar de reconciliación en Cristo⁷¹. Pero ¿a quién reconcilia el perdón de la cruz?

El éxito del perdón da paso a la reconciliación porque permite abrir un orden nuevo que posibilita el reencuentro de las partes que se habían separado (aunque en el caso de la relación del ser humano con Dios, ha sido solo el hombre quien ha dado la espalda y ha generado la distancia). Esta nueva comunicación se sustenta en la generosidad del perdonador que decide tratar a los ofensores yendo más allá del daño que han causado –*Si tomas en cuenta las culpas, oh Yahveh, ¿quién, Señor, resistirá?*

⁶⁹ «Tras el descanso sabático, el primer día de la semana por la mañana, vendrán [las mujeres] para ungir el cuerpo de Jesús y así dejar lista la sepultura de manera definitiva. La unción es un intento de detener la muerte, de evitar la descomposición del cadáver. Pero es un esfuerzo inútil: la unción puede conservar al difunto como difunto, no puede restituirle la vida», BENEDICTO XVI, op. cit., 267.

⁷⁰ *Ibid.*, 270.

⁷¹ *Ibid.*

(Sl 130,3)–. Ahora bien, para que ese gesto de Jesús sea efectivo es necesario volverse hacia Él para «recoger» la absolución. Si el victimario no camina hacia la víctima para dejarse abrazar por ella el perdón queda brindado, pero no acogido. Así está el Señor en la cruz, con el perdón permanentemente ofrecido para ser entregado a todo aquel que lo quiera recibir⁷². La reconciliación del hombre comienza, por tanto, cuando éste inicia el camino de regreso a Dios, y continúa después de haber recibido la gracia del perdón que le abre a una nueva e inmerecida comunión con el Señor.

Por ser quien es y por hacer lo que hizo, Jesucristo ha reconciliado a la humanidad con Dios (en su propia Persona) y, además, ha posibilitado que cada uno en particular pueda volver a Él acogiéndose a su perdón. Ha saneado de raíz lo humano (en general), y a los seres humanos (en su singularidad). Esto significa que cualquier sujeto, más allá de las creencias que tenga, está en la humanidad que Cristo ha restaurado. A partir de aquí quedaría pendiente el reto de señalar cuáles son entonces los posibles caminos de regreso a Dios para cada persona (o grupo de personas), incluidas las distintas religiones⁷³. Lo único incuestionable es que, sea del modo que sea, la vuelta personal solo puede darse desde la libertad, y la reconciliación y recapitulación de todas las cosas únicamente en Cristo (que la ha realizado ya para todos).

Desde esta perspectiva no se puede sostener que el cristianismo sea una religión «colonizadora» de todas las demás, porque la regeneración de los cimientos de la humanidad ha sido realizada en su Persona más allá de cualquier creencia; Él es sustento del «misterio de unidad»⁷⁴ de la humanidad *con y en* Dios. El desafío aparece en un segundo momento

⁷² «Creer significa confiarse a un misericordioso, que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia, que se manifiesta poderoso en su capacidad de enderezar lo torcido de nuestra historia», Papa FRANCISCO, *Lumen Fidei*, n. 13.

⁷³ La pluralidad de culturas e ideas está propiciando que en la teología estén surgiendo distintas voces que reclaman la necesidad de realizar un cambio de metodología que incluya, como punto de partida de los análisis de la fe y la realidad, el diálogo entre las distintas tradiciones y disciplinas. Veli-Matti Kärkkäinen, teólogo protestante finés, está trabajando esta línea en un proyecto de teología sistemática de cinco volúmenes, el primero de los cuales desarrolla la reconciliación en Cristo: Veli-Matti KÄRKKÄINEN, *Christ and Reconciliation. A constructive Christian Theology for the pluralistic world*, vol. 1, Eedermans, Michigan-Cambridge 2013.

⁷⁴ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, n. 2 (6-VIII-2000).

al plantear el valor salvífico del seguimiento o del conocimiento de Jesús (tema que aparece en los evangelios: *El que crea y se bautice, se salvará; el que se resista a creer, será condenado*, Mc 16,16; *yo soy la puerta, si uno entra por mí estará salvo (...) yo soy el buen pastor y conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí...* Jn 10,9.14).

En cualquier caso la figura de Jesucristo desde la fe –verdadero hombre y verdadero Dios–, es un revulsivo también para los cristianos. Tomarse en serio esta declaración no solo afecta a los otros sino igualmente a sus discípulos. Bien mirado se trata de un misterio en el que estamos todos. Desde esta perspectiva uno de los conceptos a revisar sería el de «conversión» pues «la Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero»⁷⁵. No obstante, conocerle cambia la vida. Así lo manifestó santa Josefina Bakhita para quien el camino espiritual hacia el cristianismo no supuso una confrontación con la religiosidad animista que profesaba de pequeña, sino como un proceso de profundización en el que Jesucristo no solo no era incompatible con su experiencia anterior sino que iluminaba su vida entera⁷⁶.

Con su apuesta por la no violencia en la cruz y la validación de su vida entera, Jesucristo realizó la reconciliación de la humanidad con Dios en su misma Persona, pero además, abrió un camino de reconciliación entre los hombres. Todo aquel que siga su ejemplo, que se adhiera a Él o que reproduzca su perdón, está ensanchando el horizonte de la comunión, y eso también será ratificado. Quizás por ello insistió tanto a sus discípulos en que fueran por todo el mundo anunciando la buena noticia de lo que había sucedido y la ventaja de formar parte de un cuerpo, el suyo, que a día de hoy, sigue haciéndose cargo de nuestros delitos⁷⁷ pues «todo lo que el Hijo de Dios obró y enseñó para la reconciliación

⁷⁵ CONCILIO VATICANO II, *Nostra Aetate* n. 2.

⁷⁶ «Recordaba que, mirando al sol, la luna, las estrellas, las bellezas de la naturaleza, decía dentro de mí: ¿Quién podría ser el Dueño de estas cosas tan bellas? Y sentía un deseo muy grande de verle, de conocerle, de adorarle. Y ahora lo conozco. ¡Gracias, mi Dios, gracias!», *El diario de Bakhita* (edición española a cargo de M.D. López Guzmán), San Pablo, Madrid 2014, 66.

⁷⁷ «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 18,19). Juan Pablo II ejerció esa potestad cuando, en un gesto sin precedentes, pidió perdón por las culpas del pasado en nombre de la Iglesia. Y esto puede hacerse porque «la Iglesia se presenta como un sujeto absolutamente único en el acontecimiento humano, hasta el punto de poder hacerse cargo de los dones, de los méritos y de las culpas de sus hijos de hoy y de los de ayer»,

del mundo, no lo conocemos solamente por la historia de sus acciones pasadas, sino que lo sentimos también en la eficacia de lo que él realiza en el presente»⁷⁸.

Salvaguardar el perdón de Jesucristo para transmitirlo es tarea de todo cristiano. Juan Pablo II así lo entiende; afirma que custodiar la autenticidad del perdón es misión propia de la Iglesia⁷⁹. Porque está en la misma base de su existencia, tal y como asegura Benedicto XVI: «en el centro mismo del nuevo ministerio que priva de energías a las fuerzas de la destrucción, está la gracia del perdón. Ella es la que constituye a la Iglesia. La Iglesia está fundada en el perdón. Pedro mismo representa en su persona este hecho: el que ha caído en la tentación, ha confesado y recibido el perdón puede ser depositario de las llaves. La Iglesia en su esencia íntima es el lugar del perdón, en el que queda desterrado el caos. Ella se mantiene unida por el perdón, de lo que Pedro es una perenne demostración; ella no es la comunidad de los perfectos, sino la comunidad de los pecadores, que tienen necesidad del perdón y lo buscan»⁸⁰. La presencia del «perdón de los pecados» en las formas más antiguas del Símbolo Apostólico, confirma este carácter central en la experiencia de la fe, que Juan Pablo II y Benedicto XVI señalan.

Esta es la base que permite a los cristianos vivir como hombres y mujeres «reconciliados». Porque gracias a la acción de Jesucristo –que había venido *para reunir en uno todos los hijos de Dios que estaban dispersos* (Jn 11,52)–, sus discípulos tienen la oportunidad de vivir la reconciliación en tres ámbitos: primero, en su propio ser, al alimentarse del cuerpo de Cristo y participar de su destino; segundo, en el mundo, por la misión de extender su obra a través de «la *palabra de reconciliación*»⁸¹, esto es, haciendo todo lo posible para dar testimonio del perdón y llevarlo a la práctica; y tercero, en comunión con los otros, a quienes se encuentra de nuevo unido por el seguimiento y la filiación. Incluso la divinización del hombre y la fraternidad –regalos de Dios que van más allá

COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Memoria y Reconciliación: La Iglesia y las culpas del pasado*, c. III, § a (2000).

⁷⁸ SAN LEÓN MAGNO, *Tractatus* 63 (*De passione Domini* 12). 6: CCL 138/A, 386.

⁷⁹ JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia*, VII, 14.

⁸⁰ J. RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, Madrid 2005, 59-60.

⁸¹ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Reconciliatio et Paenitentia*, n. 8 (2-XII-1984).

del perdón y que forman parte de la salvación⁸²– poseen un componente reconciliador por la unión radical que significa tanto con Dios como con los demás hombres.

3.3. POR QUÉ LO HIZO

Queda pendiente responder a la pregunta sobre la razón o la causa que «movió» a Dios a realizar semejante apuesta que le condujo a una escalofriante entrega. La respuesta es de sobra conocida: *la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros* (Rm 5,8). Y las Sagradas Escrituras insisten: *tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él* (3Jn 16-17). Pero ¿qué tipo de amor muestra esta acción incuestionablemente noble y generosa?

Lo más reseñable de su plan salvífico es la gratuidad que alienta cada paso. ¿Qué beneficio obtenía Dios con acciones en las que, aun a costa de su propio bienestar, siempre está buscando el modo de rescatar al hombre (comenzando por la liberación en Egipto hasta la cruz de Jesucristo)? En este sentido la entrega del Hijo se convierte en la última e irrefutable prueba de dicha gratuidad, pues ninguna recompensa merece tan alto precio (no hay lucro posible en esta operación que equilibre lo dado). Ninguna ganancia humana llegará nunca a compensar la *kénosis* del descenso divino... a no ser que el mismo Dios le conceda dicho valor por expreso deseo (¡tanto nos ha querido!). Por consiguiente, gratuidad, libertad y liberalidad son tres características de sus acciones. Algo a tener en cuenta en las actitudes que animen procesos reconciliatorios.

Pero a esos rasgos hay que añadir otros dos que aportan una tonalidad particular a los tres anteriores. Se trata de la compasión y la misericordia, absolutamente claves⁸³ para entender el espíritu de la reconciliación que el Señor propone. Porque en su plan salvífico no ha puesto

⁸² Cf. A. CORDOVILLA, *op. cit.*, 35-38.

⁸³ W. Kasper denuncia que, a pesar de la centralidad de estos conceptos en la fe cristiana, «constaté que la misericordia, tan fundamental en la Biblia, o bien ha caído en gran medida en el olvido en la teología sistemática, o bien es tratada solo de forma muy negligente. En estas cuestiones, como en otras muchas, la espiritualidad y la

límites en su deseo de correr la misma suerte que el ser humano. Un hecho que se ve especialmente en el lugar que ha escogido para iniciar la reconciliación: cerca de los pobres, de las víctimas y, aún más sorprendentemente, de los pecadores (es decir, de los agraviadores). Una opción que le llevó a una muerte cruenta y a la soledad; pues pocos tuvieron (ni tienen) con él la misma compasión que Él aplicó a todos. La apuesta por el perdón y la reconciliación aparece como una operación de alto riesgo.

Este posicionamiento del Señor denota una sensibilidad extrema hacia lo más desahuciado de la humanidad. No se conforma con rescatar lo bueno que queda del ser humano; lo quiere todo (atiende a la totalidad). Por eso tiene como prioridad, aunque resulte paradójico, a los humillados y a los ofensores al mismo tiempo. Su modo de obrar está condicionado por esa doble preferencia; por eso resulta sorprendente: porque todas sus acciones las hace desde su estado de víctima, y porque va directamente y con prontitud a rescatar lo que está perdido –*no necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal* (Lc 5,31)– pues, además, Jesús afirma explícitamente que pocas cosas causan tanto regocijo a Dios –*habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión* (Lc 15,7)–.

La oveja perdida ha dejado al pastor, el hijo pródigo al padre... y sin embargo, el «abandonado» sale en busca del que se ha marchado. El perdón y la reconciliación de Dios revelan un «amor preferente» y activo por aquellos que están en situación de debilidad –víctimas–, y de muerte –pecadores–.

Lo que esta inclinación desvela de Dios es que posee un corazón magnánimo. «La magnanimidad es, en cierto sentido, sinónimo de catolicidad: es saber amar sin límites, pero al mismo tiempo con fidelidad a las situaciones particulares y con gestos concretos. Amar lo que es grande, sin descuidar lo que es pequeño; amar las cosas pequeñas en el horizonte de las grandes, porque “*non coerceri a maximo, contineri tamen a minimo divinum est*”. Saber amar con gestos de bondad. La benevolencia es la intención firme y constante de querer el bien, siempre y para todos, incluso para los que no nos aman»⁸⁴. Este buscar el bien es fundamental

mística van muy por delante de la teología de escuela», W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2012, 9.

⁸⁴ Papa FRANCISCO, Homilía ante el nombramiento de veinte nuevos cardenales. Las palabras de la homilía han girado en torno al himno a la caridad de San Pablo (14-II-2015).

para comprender cómo el Señor logra atender a las dos partes en conflicto (víctimas y victimarios, pobres e injustos). Porque el bien no se contradice a sí mismo y lo que es bueno para uno lo es para todos. Luego el rescate del pecador no solo no es perjudicial para los ofendidos, sino que revierte en positivo también para ellos.

Lo más curioso en esta Historia de Salvación es que esa inclinación favorable (o que favorece) a los pecadores, le conduce a entregar aún más la vida pues lo hace desde su ser víctima con las víctimas y pobre con los pobres. Y aunque parezca lo contrario es la opción que más dignifica a los «perdedores». Este ennoblecimiento queda patente de dos maneras: por el hecho de haber escogido su lugar y su mirada; y por mostrar que, aun en una situación límite de humillación, pervive siempre la capacidad de amar, y el amor de una víctima hacia su enemigo es el amor supremo.

Esta clase de amor es la que retrata a Dios y la que encarnó en su venida. «Que Él comience su obra por las víctimas, y no por los agresores, está en perfecto acuerdo con la forma que Dios tiene de actuar en la historia: Dios toma partido por los pobres, por las viudas y los huérfanos, por los oprimidos y los encarcelados. Es con la víctima definitiva, es decir, con su propio Hijo, donde Dios comienza el proceso que ha de conducir a la reconciliación de todo en Cristo (Col 1,20). De manera semejante, Dios comienza el proceso de la reconciliación humana con las víctimas. A través de las víctimas los agresores son invitados al arrepentimiento y a pedir perdón»⁸⁵.

¿Por qué hizo Dios todo esto? No hay otra respuesta que «porque quiso». Si hubiera un móvil que obligara a Dios a querer y actuar entonces no sería Dios. Lo que alienta sus decisiones y su obrar es, por tanto, un amor sin causa, o con una causa incomprensible que rompe los esquemas y trasciende la razón. Vladimir Jankélévitch incluso habló de amor «contra causa» ya que, después del pecado y del mal en estado puro, el amor se vio empujado a actuar solo por un amor desnudo y radical que encontraba a su paso razones (los efectos del mal) para dejar de hacerlo. El filósofo francés aseveraba que las ofensas son la causa por (y para) la que el perdón existe, y al mismo tiempo el mayor freno para perdonar⁸⁶.

⁸⁵ R. J. SCHREITER, *El ministerio de la reconciliación. Espiritualidad y estrategias*, Sal Terrae, Santander 2000, 31.

⁸⁶ Cf. V. JANKÉLÉVITCH, *op. cit.*, 1110-1116.

Por eso, cuando se produce, cuando la víctima decide perdonar, se roza la locura y el exceso del amor divino⁸⁷.

Así pues, cuando hablamos de Cristo Reconciliador, estamos tocando el corazón de Dios desbordado de amor hecho de gratuidad, libertad, magnanimidad y misericordia.

4. LO QUE APORTA LA RECONCILIACIÓN REALIZADA POR CRISTO EN EL ESCENARIO ACTUAL

Después del recorrido que hemos realizado a lo largo de este artículo en el que se han sacado a la luz las nuevas preguntas sobre el perdón y la reconciliación que están surgiendo en el escenario actual (parte I) donde las evidencias sobre la irreversibilidad de las acciones y el carácter irreparable de las ofensas (parte II) apelan a la necesidad de Dios como fuente de la reconciliación (parte III), quedaría pendiente destacar, de entre lo escrito, algunos puntos que pongan en conexión la obra reconciliadora de Jesucristo con esas demandas actuales que apuntamos al principio (en la primera parte). Se trataría entonces de contestar a la siguiente pregunta: ¿Cómo responde el perdón de Cristo y la reconciliación realizada por Él a los retos que aparecen en el nuevo escenario de los conflictos a gran escala, al interés por las víctimas, al alcance de las estructuras de pecado o al perdón como virtud cívica?

Bastará con señalar de forma breve algunas conclusiones, pues varias de estas cuestiones ya han sido respondidas tanto de forma implícita como explícita a lo largo de los puntos que hemos ido analizando.

- La identidad de Jesucristo como verdadero hombre y verdadero Dios es fundamental para afrontar el desafío de las heridas inconmensurables de los genocidios. Pues en su Persona ha quedado recogida la humanidad entera, la «especie humana». Este hecho hace posible que todas sus acciones tengan un alcance universal; nadie queda fuera de lo que ha realizado en nombre de todos. En ese sentido el mayor o menor número de víctimas de una masacre,

⁸⁷ Sobre esta perspectiva del exceso del amor divino en clave histórica acerca de la espiritualidad de la reparación, ver el siguiente estudio: N. MARTÍNEZ-GAYOL, *Los excesos del amor. Figuras femeninas de Reparación (siglos XI-XIV)*, San Pablo-Comillas, Madrid 2012.

por grave e inabarcable que sea para nosotros no afecta al hecho de que lo operado por Cristo, tenga como destinatario a la humanidad íntegra y completa.

- De lo anterior se deduce que ese alcance de su acción salvífica abarca toda la historia. No hay ninguna víctima que quede al margen. Por tratarse no solo de un Hombre, sino de Dios, del Señor del tiempo y de la historia, su perdón y la reconciliación realizada por Él cubren todos los tiempos (pasado-presente-futuro) y tiene carácter eterno –*el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mt 24,35)–. La recapitulación de todas las cosas en Cristo que sucederá al final, lleva la marca de la reconciliación, de la unión⁸⁸ de todo lo disperso que ya comenzó desde la encarnación. «Toda la economía es encarnatoria pues tiene en la manifestación de Jesucristo en la carne su centro, su cima y su cumbre. Toda la historia anterior a ella apunta o señala hacia este momento, de tal forma que puede ser entendida como la prehistoria de la encarnación del Verbo»⁸⁹. Donde el hombre no alcanza, Dios llega. Las injusticias del pasado las repara Dios.
- Los pasos que dio el Señor para promover la reconciliación no entran en conflicto con lo que numerosas iniciativas humanas plantean⁹⁰; al contrario. Caminan en la misma dirección, por lo que pueden convertirse en inspiradores para los procesos hacia la pacificación entre grupos sociales o a nivel particular. Los hitos que se proponen en la actualidad –verdad, memoria, diálogo, mediación, perdón– para unir las partes separadas o restaurar las heridas de las ofensas recibidas, son plenamente compatibles con los que dio el Señor. Quedan así ratificados y llevados al extremo por amor. La no-violencia por principio, el diálogo hasta la extenuación, el tomar la iniciativa, la disposición a darlo todo por la causa de la paz y del perdón. Hasta la cruz si hiciera falta. La apuesta de Dios

⁸⁸ Recapitular es resumir, asumir, recrear y llevar a consumación tal como señala B. Sesboüé en su estudio sobre Ireneo de Lyon: B. SESBOÜÉ, *Tout récapituler dans le Christ– Christologie et sotériologie d'Irénee de Lyon*, Desclée, Paris 2000, 160-163. Cita-do por A. Cordovilla, *op. cit.*, 63.

⁸⁹ A. CORDOVILLA, *op. cit.*, 62.

⁹⁰ Las Comisiones de la Verdad y la Reconciliación también contemplan como fundamentales el diálogo, la memoria, la mediación y, por supuesto, la verdad. El modo de proceder de Dios en la historia no solo no es ajeno a estos pilares sino que los confirma y orienta.

por la vía del encuentro es radical. Por eso Esteban, el protomártir del cristianismo, fue considerado «otro Cristo»; por su palabra de perdón mientras era lapidado: *dobló las rodillas y dijo con fuerte voz: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado»* (Hch 7,60).

- Tras la resurrección, el Señor se apareció a los discípulos y les encomendó la misión de perdonar en su nombre –*A quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos* (Jn 20,23)–. Les otorgó la capacidad representativa. El hombre no podría nunca hablar, actuar o perdonar en nombre de Dios, si antes el Señor no le hubiera dado esa potestad. Tampoco podría perdonar en nombre de otra persona o de una comunidad entera si no se le confía expresamente esa tarea (sin esta dimensión comunitaria el papa Juan Pablo II no habría podido pedir perdón en nombre de la Iglesia y, mucho menos por los pecados cometidos por otros miembros de la comunidad en el pasado). Esta dimensión representativa es profundamente liberadora pues en los casos de sujetos colectivos sería imposible el perdón (no nos alcanzaría la vida para atender a cada persona ofendida).
- Si algo caracteriza a Dios en su modo de actuar respecto a las ofensas es el hecho de mirar la realidad desde la perspectiva de las víctimas. Porque Él fue (y sigue siendo) una de ellas. Por consiguiente, el reclamo actual de dar un vuelco a la concepción del perdón que tenga más en cuenta el sufrimiento y las pérdidas de los humillados no le es ajeno a Dios. Él es profundamente respetuoso con el dolor de los heridos. ¿Cómo no serlo si es uno de ellos? Por ello, su cercanía hacia los pecadores (y por tanto culpables) nunca prescindirá de la justicia ni del bien. El perdón que ofrece no añade una carga más al ofendido. Reconoce su condición de víctima, y desde ahí, decide ofrecer la absolución por el bien del pecador, que está enredado en su mal. Desde la verdad dignifica así al ofendido, y al ofensor.
- Los sentimientos que se desencadenan en un sujeto que padece una humillación o agravio son numerosos y difíciles de manejar (resentimiento, rencor, rabia, dolor...). Los textos bíblicos apenas se adentran en este mundo interior, lo que supone una liberación. Su interés es más práctico, es decir, ponen el énfasis en la voluntad y la decisión. ¿Cómo quiero, de verdad, tratar al otro que me ha dañado? Pero además ofrece una salida para aquellas situaciones

en las que la persona experimenta su absoluta incapacidad para perdonar: participar del perdón de Jesucristo, dejar que Él perdone en mi nombre.

Por el hecho de ser criatura, el hombre lleva inscrita la llamada a la misericordia genuina de su Creador. Pero la plenitud del mismo solo le pertenece a Él. Únicamente participando de su ser podrá hacer suyo el perdón del Señor (porque el perdón de Dios es el que posibilitará el nuestro). Para ello, lo que la persona debe poner de su parte es la fe en el valor infinito del perdón divino, la voluntad de que Dios perdone en su nombre, y el deseo de perdonar (aunque experimente la incapacidad para llevarlo a cabo).

- Cuando un sujeto no quiere perdonar, la reconciliación no puede realizarse plenamente. Y el perdón queda 'incompleto' o 'en espera' (pues el de Dios siempre está ofrecido para quien se arrepiente y lo pide). Esta posibilidad real que sucede frecuentemente recuerda que, aun cuando la salvación está dada, la victoria final no ha llegado. Es importante asumirlo para no generar falsas expectativas sobre lo humano pues la gratuidad y libertad sobre las que se fundan el perdón y la reconciliación hacen que la posibilidad de que no se perdone o no se pida perdón sean reales. Por eso, tal y como el Papa decía en su homilía ante las tumbas de los caídos de la Primera Guerra Mundial, a veces necesitamos llorar...

Es verdad. Necesitamos hacer duelo por tanta bondad desperdiciada, tantas vidas truncadas y tanta riqueza desaprovechada. Necesitamos reconocer nuestra impotencia y gritarle a Dios que la vida de nuestro prójimo sí nos importa. Que no queremos seguir la estela de Caín. Y necesitamos, sobre todo, su victoria, la que nos permite creer que nuestros sueños no son utopías sino que se basan en una esperanza cierta: que ni la mayor ofensa del mundo ha logrado detener su amor ni hacer desaparecer su oferta ni su ofrenda.

